

Laura Mancinelli

LA CASA DEL TIEMPO

PERIFÉRICA



LA CASA DEL TIEMPO

LAURA MANCINELLI

TRADUCCIÓN DE NATALIA ZARCO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2021
TÍTULO ORIGINAL: *La casa del tempo*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Laura Mancinelli, 1993
Acuerdo negociado a través de Agnese Incisa Agenzia Letteraria
© de la traducción, Natalia Zarco, 2021
© de esta edición, Editorial Periférica, 2021. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18264-89-4

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales

LA CASA ROSA

¿Por qué la había comprado? ¿Qué iba a hacer con aquella casa enorme de cuyo estuco rosado sólo quedaban restos, la sombra borrosa de su antigua belleza?

¿Necesitaba aquella casa?

No estaba cansado, pero se sentó en un bordillo al lado de la carretera y, con el impermeable doblado sobre las rodillas, se quedó mirando hacia la casa rosa que desde la colina dominaba el valle. Era un día frío de abril; un límpido y nervioso viento del norte batía la hierba, que se ondulaba como las olas del mar. Aquí y allá sólo destacaban las protectoras flores de diente de león desafiando al sol con su amarillo espléndido.

Las golondrinas aún no habían regresado.

Estaba sentado en aquella piedra, atento a un desasosiego interior que lo obligaba a arrugar el ceño con un gesto pensativo. Estaba furioso consigo mismo, con la casa rosa, con el mundo entero. Y, sobre todo, con su coche, que se había averiado justo allí, en aquel lugar donde detenerse habría sido su última intención, en aquel pueblo adonde había ido a toda prisa, aprovechando una mañana libre, para recoger un certificado porque allí había nacido.

Orlando, pintor, vivía en la ciudad desde hacía mucho tiempo, y el pueblo ahora le resultaba extraño. No iba por gusto. Y cuando lo hacía, como ahora, a por un documento o por las muertes recurrentes, para visitar alguna tumba de los suyos, debía sobreponerse a cierta reluctancia. Y siempre estaba deseando irse. Tampoco conseguía explicarse el motivo.

Entonces, ¿por qué la había comprado? ¿Qué haría con ella?

Miraba los restos de estuco, surcados por grietas estrechas que se alargaban hacia la parte baja hasta perderse detrás de una vieja y enorme enredadera.

¿Cómo iba a poder restaurar, en definitiva, una casa tan grande y compleja, que tenía incluso una torre circular en la que se adivinaba la presencia de una escalera de caracol?

Se incorporó colocándose el impermeable bajo el brazo y recorrió el tramo que conducía hasta la puerta principal. Midió con largos pasos el caprichoso perímetro de la casa por una acera empedrada y musgosa mientras alzaba la mirada hacia los agrietados muros de la vetusta edificación.

Su casa.

Hundió la mano en la enredadera húmeda con un impulso de otro tiempo, de cuando era pequeño y tanteaba la forma de los sillares, grandes y pesados, bajo las trepadoras que aferraban sus pequeñas raíces a la escasa tierra acumulada en los intersticios, allí donde el revoque

desvelaba la irregular mampostería de los cimientos.

También ahora, con su mano grande de adulto, sintió la forma de la piedra y sonrió.

Sonreía mirando aquel muro como se mira un rostro amado, sonreía a las hojas que, batidas por el viento, mostraban su dorso plateado.

Después se estremeció de pura irritación. Pero ¿por qué la había comprado? ¿Por qué su coche se había averiado justo allí, en aquel lugar, en la calle principal de su pueblo? Mientras lo reparaban —un trabajillo de un par de horas—, él había firmado el contrato de compra de aquella casa. Una casa que no había deseado nunca y a la que no sabía qué uso le daría. Eso había hecho él, mientras que cualquier otra persona, alguien normal, durante la espera habría ido a tomar un café y leer el periódico.

En realidad, se había dirigido al único alojamiento del pueblo, que también era el bar, si bien éste conservaba la misma estructura, aspecto y función de fonda que había tenido siempre: la fonda de Placido. Por lo tanto, era culpa de Placido que ahora estuviera metido en tal embrollo. ¡Menudo liante estaba hecho Placido!

La verdad es que Placido sólo contestó a su pregunta sobre las novedades del pueblo, una pregunta que él había hecho por casualidad, sin interés. ¿Qué le importaba a él lo que ocurriera en el pueblo? Hacía muchos años que lo había apartado de su vida. La pregunta la hizo por no quedarse callado después de que Placido lo recibiera con un entusiasta: «¡Mira a quién tenemos aquí!», y él, estrechándole la mano, sin saber qué decir, preguntase: «¿Qué novedades tenemos?».

Y ahí empezó todo. Placido le respondió con total indiferencia, mientras trajinaba con la máquina del café, que aquella casa estaba en venta, la casa de la maestra. «Sabes cuál te digo, ¿verdad? Aquella casa enorme a las afueras del pueblo...» Y él, mientras se tomaba el café, respondió: «Pero ¿cómo no voy a recordarla?».

Aquellas palabras habían bastado. Lo demás ocurrió por sí solo, como si en aquel acontecimiento él hubiera sido un mero espectador: entró también a tomar café el agrimensor del pueblo, que ejercía de procurador en la venta de la casa, y hablaron. Él le dijo que le gustaría mucho volver a verla, y el dueño de la fonda se ofreció a acompañarlo con su coche. ¡Maldito Placido!

Aunque, en verdad, ¿qué tenía que ver Placido? Ni siquiera había intervenido en la conversación. De hecho, estuvo muy atareado distribuyendo los ceniceros limpios por las mesas. Seguro que ni siquiera los escuchó.

Así pues, se subió al coche con el agrimensor para ir a ver la casa, ya que, de todas formas, tenía que esperar a que acabasen la reparación del suyo. Todavía faltaba una hora. Y allí mismo, sobre el capó del coche del agrimensor, fue donde firmó el contrato de compra y entregó un cheque a modo de depósito.

Y ahora la casa era suya.

Siguiendo con la mirada el zócalo de piedra, descubrió un muro de cemento donde la vegetación escaseaba y dejaba a la vista una pared de reciente construcción. Se detuvo desconcertado. Allí, en medio de ese muro, justo allí, debía de estar la antigua puerta que daba al huerto. Y a la derecha de esa puerta, en otro tiempo floreció un precioso laurel, el más espléndido del pueblo, en torno al cual se entretejieron sus sueños de niño, pero no porque en pleno invierno el laurel levantase majestuoso sus frondosas ramas indiferentes al frío, sino porque le habían contado que con sus hojas se coronaba a los poetas, a los artistas y a los grandes hombres, y él lo

había visto en la portada de la *Eneida*, en la cabeza de Virgilio, y no se le había olvidado nunca. Cada vez que veía aquella planta, se acordaba.

El laurel ya no estaba. Alguien lo había talado. Tampoco estaba la puerta del huerto, sólo una tapia bordeada de ortigas. Las apartó con el pie y luego las arrancó con la mano desafiando el escozor, hasta que descubrió un retoño camuflado que se había abierto camino entre las piedras. Lo liberó delicadamente y se encontró con el tronco del laurel, cortado a ras de tierra. Lo miró como quien recupera algo que le han robado. Cogió un palo del huerto asilvestrado y lo clavó junto al tocón, pegado a ese brote joven que estaba a punto de dar las primeras hojas.

Ahora aquel laurel era suyo, como la casa de la maestra.

LOS ZAPATOS NUEVOS

No fue culpa suya empezar el primer año de colegio con tres días de retraso: fue de su padre, que la semana anterior se había olvidado de comprarle los zapatos en el mercado del pueblo vecino. Y, desde luego, él no podía empezar el curso con unos zapatos heredados de sus hermanos mayores, agujereados de jugar al balón. Además, era costumbre estrenar zapatos el primer día de clase: los demás así lo harían y esperaban lo mismo de él.

Así las cosas, había tenido que esperar al mercado de aquella semana y ahora se dirigía a la escuela, con tres días de retraso, acompañado por su madre.

Mientras caminaban a buen paso por la calle que desde el caserío llevaba al pueblo, donde estaba la escuela, el pequeño se miraba los zapatos nuevos, de cuero marrón, bien abrillantados y perfumados —los había olido un buen rato antes de ponérselos porque sabía que el agradable olor del cuero desaparecería con el uso—, y movía la cabeza pensando en el apuro que pasaría al empezar tarde las clases por aquel olvido. No es que su padre tuviera la culpa, ¡el pobre!, se le había olvidado y punto. Siempre tenía que comprar montones de cosas en el mercado, pues eran muchos en la familia, y luego había que hacer todos los recados. Pero qué disgusto se había llevado él cuando su padre empezó a vaciar la cesta sacando la harina blanca, el aceite, la carne, el algodón para las medias, el paquete de clavos, el rollo de cuerda para los animales...

Estaba arrodillado encima de una silla para ver mejor lo que había en la cesta colocada en la mesa y, con los ojos abiertos como platos, guardaba silencio. Después miró a su padre, a quien la elocuencia de aquella mirada le recordó de repente los zapatos y se echó las manos a la cabeza. Pero ya era tarde.

Y ahora, ¿qué le iba a decir la maestra?

De camino, el niño escrutaba a su madre para averiguar si también estaba preocupada por lo que aquélla pudiera decir.

No, su madre no parecía preocupada. Caminaba ágil y en silencio. Lo cierto es que iba pensando en todo lo que tenía que hacer en cuanto volviese a casa. En cambio, él sí que estaba preocupado. Tan preocupado que ni daba patadas a las piedras. ¡Menos mal!, así no desluciría los zapatos.

¿Qué le iba a decir la maestra? Lo que le preocupaba no era la respuesta: bien sabía que él no tendría el coraje de contestar y, sencillamente, se quedaría callado. Además, estaba su madre, ¿no? Ella sí sabría qué responder.

Le preocupaba la pregunta. La maestra lo miraría, con sus ojos oscuros, el rostro severo y triste, sin sonrisa.

Ya la había conocido cuando fue con su madre a acompañar a uno de sus hermanos mayores.

Le gustaba. Era alta, bien vestida, siempre con ropa negra, con el cabello en un moño recogido en la nuca. Era muy estricta, todos lo decían. Y a todos imponía respeto.

¿También a su madre?

Volvió a escrutarla. Parecía que no. De hecho, incluso sonreía. La observó de reojo. No se parecía en nada a la maestra, era totalmente diferente. Rubia, menudita, siempre inquieta... una mezcla entre un grillo y una mariposa. De la mariposa tenía la sonrisa.

¿La sonrisa? ¡Las mariposas no sonríen! O al menos él jamás las había visto sonreír. ¿Cómo iba a verse una sonrisa en sus caras? ¡Si son diminutas!

Entonces, ¿por qué le había venido a la cabeza que su madre tenía la sonrisa de una mariposa? Se detuvo un momento a reflexionar, después se dio con la palma de la mano en la frente y echó a correr para alcanzar a su madre. ¡Ya lo sabía! No quería decir que su sonrisa se pareciera a la de una mariposa, ¡sino que su sonrisa era una mariposa!, una sonrisa bella como una mariposa.

—¿Qué te pasa? —Su madre lo miraba extrañada por sus gestos desconcertantes.

Él agachó la cabeza y no respondió. Ya se veían los dos grandes plátanos que había delante de la escuela, a ambos lados del portón. Sintió un nudo en el estómago. No sabía por qué los plátanos le inspiraban melancolía. ¿Quizá porque en el campo no los hay? O quizá porque son árboles suntuosos, que infunden respeto y a los que a nadie se le ocurre trepar. Son árboles de escuela.

La maestra lo miró largo rato y no le preguntó nada. Le puso una mano en el hombro y lo acompañó a su pupitre, entre los demás niños.

EL NIÑO CON EL PELO LARGO

Luego ocurrió aquella historia del pelo: su madre no quiso que se lo raparan. Él era el único entre sus compañeros, todos con la cabeza lisa como un tazón, que tenía pelo, incluso un poco largo de más. O quizá parecía muy largo porque los demás iban bien rapados.

Es cierto, fue una historia fea. La maestra casi casi llegó a enfadarse con él, que no tenía culpa de nada. Si de él hubiera dependido, seguro que se habría cortado el pelo.

Ocurrió que una disposición de la normativa escolar dictó que todos los alumnos de las zonas rurales debían llevar la cabeza rapada para evitar las epidemias de piojos: una norma justa, se hubiera dicho. ¡Pero hay que ver lo feos que estaban los chiquillos con la cabeza así! Se veían cabezas extrañamente abultadas, otras que terminaban en punta, algunas minúsculas y otras de un tamaño inverosímil de lo enormes que eran. Él, con su cabello castaño, era el más guapo, por supuesto. Pero se moría de vergüenza.

El caso es que su madre no consintió en cortarle el pelo. Un día, ella y la maestra tuvieron una encendida discusión, mientras él, a cierta distancia, las observaba aguzando el oído para escuchar lo que decían. La maestra hablaba en voz baja, calmada y decidida; su madre cada poco negaba con la cabeza. No consiguió entender de qué hablaban, pero comprendió que se trataba de algo muy importante.

Al día siguiente, era el único de la escuela que todavía tenía pelo.

Los demás, con las cabezas peladas, se burlaron de él. Después supo que su madre se había comprometido a inspeccionar todos los días la cabeza de su hijo para evitar la invasión. La maestra le había dicho: «Hagamos la prueba».

Y así se instauró aquel extraño rito vespertino. Terminadas las tareas de la tarde, la madre, con el niño en su regazo, se sentaba delante de la puerta del huerto en la sillita de anea. Luego, con sus manos precisas y ligeras como mariposas, revisaba minuciosamente y con suma atención los mechones de cabello, separándolos y peinándolos con los dedos. Él se quedaba quieto, obediente, para sentir las manos de su madre recorriéndole la cabeza. Incluso cerraba los ojos para sentir las mejor y se adormecía.

Al rato, la madre decía: «Abajo, basta. Ahora les toca a los pollos».

Y él se bajaba de su regazo con gesto mohíno y se quedaba mirando los pollos que, uno tras otro, ocupaban su lugar. Era necesario comprobar también que entre sus plumas no anidasen aquellos parásitos, pues podían invadir el gallinero y matarlos chupándoles la sangre.

Su madre también les despeinaba poco a poco las plumas con sus manos sabias, y también ellos se le dormían en el regazo. Él los miraba y le parecía sentir aún los dedos de su madre entre el cabello.

Aquel rito, la inspección del pelo, era algo que él esperaba con impaciencia todas las tardes, incluso dejaba de jugar y se quedaba allí, en la puerta del huerto aguardando al lado de la sillita de anea. Y después de su turno... ¡qué envidia le daban los polluelos!

Quizá por ese motivo sentía cierta antipatía por las gallinas, tanto que les hacía toda clase de perrerías. Una en concreto se convirtió en su especialidad: al atardecer, cuando acababan de retirarse al gallinero y ya dormían acurrucadas en sus cálidas plumas, él, después de asegurarse bien de que nadie lo veía, con el impermeable del colegio sobre los hombros, entraba sigiloso en el gallinero, cerraba la puerta y, levantando los brazos bajo el vuelo de la capa del chubasquero, soltaba un alarido ronco y aterrador. Sorprendidas en pleno sueño, las gallinas resbalaban de sus palos asustadas y llenaban el gallinero de plumas y cacareos.

Después, cerraba la puerta y echaba a correr.

Jamás lo descubrieron. Pero sí ocurrió que las gallinas empezaron a poner muy pocos huevos, casi ninguno. La madre estaba desesperada. Nadie se explicaba el porqué. Enfermas no estaban. El pienso, siempre el mismo. Empezaron a circular extraños rumores sobre el mal de ojo, brujerías; alguien afirmó haber visto a una vieja sospechosa rondando por aquella casa... El gallinero se puso bajo vigilancia, se hicieron incluso guardias algunas noches. Las gallinas, una vez a salvo de aquellos bruscos despertares, volvieron a poner sus huevos con regularidad.

Al margen del rito vespertino del examen capilar, que le gustaba, cuando iba a la escuela se avergonzaba de su pelo largo y se preguntaba si la maestra seguiría enfadada con él. Quizá le perdonara el asunto del pelo gracias a su indumentaria un poco desastrada, siempre demasiado grande o estrecha, dado que eran prendas de sus hermanos, aprovechadas. Ya ni siquiera los zapatos estaban nuevos debido al larguísimo trayecto que recorría a diario para ir a la escuela. Y eso que siempre caminaba atento para no tropezarse con las piedras.

Un día, la estufa de la clase se estaba apagando y la maestra lo mandó a por un tronco de la canasta que había junto a la puerta; luego, mientras él estaba agachado metiendo la leña por la portezuela, pasó por su lado y le acarició el pelo.

Nunca había olvidado aquella caricia. De hecho, la recordaba a menudo y en su memoria la ponía a la altura de las de su madre durante la exploración de cabeza.

PINOCHO

¿Tanto le había gustado *Pinocho*? Puede que sí.

Fue el primer libro que cogió prestado de la biblioteca escolar. Se lo trajo a casa y, después de comer, cuando salió al monte con los animales, se lo llevó consigo.

¿Cómo era aquella historia que les contó la maestra? Aquélla sobre un príncipe pastor a quien los suyos habían apartado de la corte por una profecía que no recordaba, un príncipe que iba a pastorear las ovejas, pero que se sentía muy diferente a los demás pastores porque, aunque no lo supiera, era un príncipe. Estaba clarísimo: él también era un príncipe pastor. Se veía obligado a sacar las ovejas a los pastos por obra de un sortilegio que lo había confinado en aquel rincón del mundo, en aquella humilde casa, pero en realidad era un príncipe, y el día menos pensado ocurriría algo que revelaría a todos su verdadera condición.

De momento, tenía un libro para leer: el primer libro que leería entero.

Al llegar a la colina de siempre, se tumbó boca abajo en la hierba que rebrotaba tras la última siega y, apoyándose en los codos, lo abrió por la primera página. El húmedo sol de octubre brillaba bajo en el cielo. Las escuelas acababan de reabrir.

El rebaño se repartió por toda la loma escogiendo con cuidado los mejores pastos; el perro se afanó en dar rienda suelta a sus sueños de cazador: lagartijas, grillos, quiméricos topos, míticos y odiados ratones. Él, el príncipe, leía.

Pronto a las ovejas la hierba de la loma se les antojó insípida hasta la indiferencia y, entonces, a su libre albedrío, arrasaron los huertos cercanos. Se comieron todas las lechugas y luego la achicoria; la vaca, más seria, se ensañó con las altas berzas de enormes hojas mecidas por la brisa. El perro seguía a lo suyo, eufórico por su enorme espíritu cazador.

El único que no se había apartado del príncipe era el burro, por si se daba el caso, nunca se sabe, de que lo necesitara. Mordisqueó lo poco que tenía alrededor, incluso ortigas, cardos, algún tallo silvestre endurecido por el viento. De vez en cuando le lamía un zapato para recordarle que estaba allí, que no se alejaba. Pero el príncipe estaba leyendo. Y el burro desistía del juego para no molestarlo.

Luego el sol descendió rápidamente. Los animales ya estaban saciados; el perro, cansado y desilusionado, y el burro, triste. Así, dejando atrás al príncipe inmerso en la lectura y estragando los huertos con sus pisadas y mordiscos, volvieron a casa. Descendieron por la vereda en silencio para no importunar al príncipe: la vaca, a la cabeza con su andar somnoliento; las ovejas, en desorden y juguetonas, como siempre, y el perro, decepcionado por su improductiva tarde de caza. Cerraba el pequeño cortejo el burro, más triste de lo habitual: ni una sola vez había levantado el príncipe la cabeza del libro para responder a sus gestos, ni una. Creía que eran amigos.

La historia de *Pinocho* llegó a su fin. El príncipe cerró el libro y levantó los ojos. El sol acababa de ponerse y una fría humedad se adueñaba del prado. El príncipe la sintió en el vientre helado y en todo el cuerpo aterido. Se levantó y miró a su alrededor buscando el rebaño. No estaba. Entonces echó a correr hacia casa sendero abajo, asustado por lo que había ocurrido y más aún por la *bienvenida* que su familia le iba a dar. ¡Abandonar así a los animales!

Sin embargo, no le dijeron nada porque al llegar, corriendo y sin aliento, tropezó, se cayó, vomitó y se desmayó. Lo metieron en la cama con fiebre, horribles calambres en el estómago y dolor de tripa. Le pusieron paños calientes sobre el abdomen, le dieron de beber tisanas, le masajearon los pies helados. Tuvieron que llamar al médico.

Estuvo en cama varios días, sumergido en una especie de sopor extraño. Soñaba continuamente, soñaba con los huertos arrasados, con los animales escapándosele por la colina y con Pinocho colgado del roble. También soñaba que caía una gran nevada y no podía ir al colegio.

Le encantaba cuando en invierno nevaba y no se podía ir a clase. Se pasaba el día jugando con los niños de los vecinos, y eran muchos los juegos que la nieve permitía. Sobre todo, se podían construir trampas para pájaros, que acababan sus días víctimas de la tragonería de los chavales.

¡Qué épicas eran aquellas cacerías!, deplorables quizá, pero él entonces no lo sabía. Y era tan divertido...

Enterraban en la nieve un tablón de madera sostenido con un palo; al palo le ataban un cordel largo y se quedaban agarrados a uno de los extremos. Luego se escondían no muy lejos, en silencio absoluto, al acecho. Una fila de migas de pan atraía a los pájaros hacia la trampa mortal; había que esperar, esperar... hasta que llegaba uno, un gorrión, un mirlo, un pinzón. Entonces tiraban del cordel y el tablón caía en la cabeza del ave.

Ése era el momento álgido. Los audaces cazadores salían de su escondite dando saltos, se acercaban cautelosos a la trampa, levantaban el tablón y media docena de manos se abalanzaba al mismo tiempo hacia la presa sin vida.

A continuación llegaba la hora del banquete. Mientras uno encendía el fuego, otro desplumaba el pájaro y lo clavaba en un palo. Después se asaba y se repartía. Cada uno recibía su trozo de carne medio quemada y aún sanguinolenta, una pata, un ala. Los mayores se quedaban los trozos más grandes, naturalmente. Y cada uno sacaba de su bolsillo un sobrecito de sal.

Cuando se recuperó del enfriamiento y, por fin, lo dejaron volver a sentarse junto a la ventana, se sorprendió al ver que no había nieve. Es más, los árboles vestían aún los colores del otoño.

Entretanto habían pasado dos semanas, y en la escuela habían estudiado las tablas de multiplicar. Su madre intentó enseñárselas alineando botones o castañas en la mesa de la cocina. Pero no hubo manera: su cerebro no quería ir más allá del concepto de sumar y restar. Esto último se le daba especialmente bien: se comía una castaña, se comía otra... he ahí la resta. Se acercaba a la despensa a por otro puñado de castañas y lo sumaba a las otras, luego contaba el total... y he ahí la suma. Pero ¿la multiplicación?, ¿quién había inventado tal cosa? Eso no existía, no era algo real.

Miraba los enormes plátanos agitarse con el viento y sacudir sus largas ramas en todas direcciones, tremolando en el cielo. Se anunciaba temporal en una oscuridad que a ratos rompían los relámpagos.

Se quedó en el patio de la escuela con su cartera a la espalda, dudando si aventurarse a ir casa con aquel tiempo. Le daba miedo. Los demás niños ya se habían marchado. Si al menos hubiera quedado alguno de los que iban por su mismo camino...

—No puedes irte con este tiempo —dijo la maestra a su lado—, va a empezar a llover de un momento a otro. Ven conmigo, anda, te ayudaré a estudiar las tablas.

Ese día, por vez primera, entró en la casa de la maestra.

LA ENREDADERA

Una vez, de camino a la puerta que daba al huerto, iba bordeando el muro de la casa y, como siempre, hundiendo la mano en la frondosa enredadera de casi un par de metros de alto. La apartaba con los dedos y seguía los largos filamentos de las raíces hasta tocar las piedras frías y húmedas de los cimientos. La maestra se quedó observándolo en silencio. Venía del jardín y el niño no la había visto.

De repente, se volvió y se encontró con su mirada.

—Por suerte, están —dijo.

—¿El qué? —preguntó la maestra.

—Las piedras. Si la casa estuviera construida en la hierba, podría caerse.

La maestra lo miró sorprendida, luego sonrió. Era la primera vez que la veía sonreír.

—Eso no es hierba. Es enredadera y crece pegada a las paredes de los edificios. Sobre todo, de los que son viejos.

Él se quedó maravillado: nunca la había visto sonreír. Entró en la casa con ella, se sentó a la mesa en su sitio de siempre y abrió el cuaderno.

Detenerse allí para hacer los deberes y estudiar se había convertido en una costumbre. Dentro reinaba el silencio y se estaba muy a gusto. Además, había muchísimos libros en unas estanterías de madera oscura que olían muy bien, a alcanfor. Por fin se había aprendido las tablas.

Cuando el sol se ponía, antes de volver a su casa, salía a por leña para la estufa, de la que estaba apilada en la parte trasera. Alguna vez también ayudaba a recoger verduras del huerto.

Le gustaba aquel edificio, aquel huerto, aquel silencio. Y, al recorrer el muro por la estrecha acera, le gustaba especialmente meter la mano en la enredadera para tocar la forma sólida de las grandes piedras irregulares sobre las que se erigía el inmueble.

Aquellas piedras, que estaban allí desde hacía tanto tiempo y que aún lo estarían mucho más, ocultas bajo el manto protector de la vieja enredadera.

Fue precisamente la maestra quien dijo que, al terminar la escuela primaria, debería continuar los estudios en la ciudad, en un colegio. Convenció a sus padres. Y él tuvo que irse.

Allí todo era diferente. Incluso el silencio.

En la alargada alcoba inmersa en el sueño, recordaba el silencio umbrío de la casa de la maestra, aquellas tardes en que el sol se filtraba por las venecianas entreabiertas, el tazón de leche que le daba para merendar. También en el colegio daban leche, además de pan, para la merienda, pero tenía otro sabor, y poco a poco cogió la costumbre de no tomársela.

Se comía el pan seco. Allí no había penumbra, ni luz cegadora ni tampoco aquella oscuridad de la noche quebrada por la pequeña vela encendida bajo el crucifijo.

El aroma insulso de la sopa del refectorio sustituía al olor de la madera encerada.

No es que estudiar le resultara fastidioso. Al contrario, en clase estaba contento. Pero cuando caía la tarde, y luego la noche, en aquella alcoba llena de camas, sin aquel ruiseñor que, posado en las ramas del saúco donde anidaba, él oía cantar estando en casa... Él sabía que estaba allí, incluso había visto aquel nido, pero nunca lo tocó porque le dijeron que el ruiseñor se daría cuenta y se marcharía, y entonces él ya no podría volver a escucharlo cantar en las noches de primavera.

Ahora, en aquella alcoba grande, sólo escuchaba la respiración de los demás.

En el patio había árboles, pero estaba terminantemente prohibido subirse a ellos; y total, eran plátanos en fila, todos iguales, parecían de mentira.

Y por el muro del colegio, que también era alto y viejo, no trepaba la enredadera.

Durante las vacaciones, un día fue a ver a la maestra. Ella le dijo que estaba muy contenta de verlo y lo invitó a pasar y a sentarse en su sitio de siempre, a la mesa del salón. Él contemplaba la estancia, las estanterías de libros, todo aquello que había querido tanto.

—¿Te va bien en el colegio? —le preguntó.

—Sí —respondió. Pero mentía. Habría querido decirle que no estaba contento, que allí no había nada que le gustara, que todo era diferente, incluso la leche tenía otro sabor. Habría querido llorar.

La maestra lo miró con sus ojos oscuros y tristes y dijo:

—Era necesario. Tú lo sabes. Aquí no hay escuela secundaria.

Era cierto. Pero ¿tan buena razón era ésa como para resignarse a la tristeza de no poder seguir amando todo lo que había amado?

Salió por la portezuela del huerto, bordeó el muro de la casa y, sin pensar, hundió la mano en la enredadera, sonriendo al contacto frío de la piedra. Pero enseguida la retiró y apretó el paso: no valía la pena demorarse en aquel gesto reconfortante: al día siguiente tenía que regresar al colegio.

Jamás retornó a la casa de la maestra. No volvió a verla nunca más.

LA RESTAURACIÓN

Enseguida se dio cuenta de que la reforma de la casa no iba a ser tarea sencilla. El capataz, Concetto, tenía las ideas muy claras de cómo debían llevarse a cabo ese tipo de trabajos y estaba acostumbrado a imponer su criterio, no sólo a su exigua cuadrilla de trabajadores, sino también a los propietarios, siempre caprichosos y protestones. Sin el menor titubeo, ordenó a sus hombres arrancar todas las plantas y hierbajos que cubrían el muro exterior de la parcela. Incluso lo explicó mediante el ejemplo, hundiendo él mismo una de sus grandes manos en la vegetación y arrancando un buen matojo, con la intención de ver en qué condiciones estaba la construcción.

Justo entonces, inesperadamente, una voz apremiante lo detuvo:

—Pero ¿qué hace? ¿Está usted loco?

El capataz se volvió despacio, como dándose tiempo para apaciguar la indignación que le había encendido el rostro. Pero el resentimiento pronto cedió el paso al estupor cuando se topó con la cara del propietario pálida de cólera. No lo conocía muy bien, pero había tenido la impresión de que era una persona muy tranquila, un hombre sobre todo de oficina y, por lo tanto, desconocedor absoluto de las labores de albañilería. Se quedó mirándolo en silencio, preguntándose el porqué de aquella furia imprevista.

—¿Qué hace? ¿Arrancar la enredadera? —continuó preguntando el propietario.

—¿Qué dice que arranco? —respondió el capataz Concetto señalando con la cabeza aquello que para él no eran más que unas malas hierbas al tiempo que, desafiante, sostenía la mirada de Orlando.

Éste se dio cuenta de que quizá se había excedido en el tono.

—Esa vegetación, la enredadera —dijo, conciliador—, no quiero que la toquen. Le puedo asegurar que la piedra que hay debajo está en perfecto estado. No hay ni la más mínima grieta ni filtración de agua. Lo he comprobado todo yo mismo, tanto en el interior como en el exterior.

El capataz Concetto continuó mirándolo en silencio, preguntándose esta vez por qué estafalario capricho el propietario, un señor de porte distinguido y perfectamente normal, querría dejar en las paredes de su casa toda aquella mala hierba llena de arañas y lagartijas. No le preguntó nada, y su impertinente silencio obligó a Orlando a añadir:

—No hay ninguna necesidad de arrancar la enredadera, y en el caso de que en alguna zona no quedase otro remedio, quisiera que me informase antes de hacerlo.

El capataz Concetto también estaba equivocado en otra cuestión: el propietario de la casa no sólo era menos pacífico de lo que aparentaba, y en absoluto manejable, sino que además el trabajo

de la construcción no le era ajeno.

Reparó en ello una calurosa mañana de agosto cuando, al entrar al patio, ya se lo encontró allí, con el pelo recogido en la nuca y la camisa remangada, dejando al descubierto las muñecas y poco más.

Se miraron el uno al otro saludándose.

—¿Esta marca en el muro quiere decir que aquí se abrirá la puerta accesoria de la que le había hablado? —preguntó el propietario.

El capataz Concetto lo miró interrogante esperando la más que segura objeción, cosa que, de hecho, llegó de inmediato.

—La puerta hay que abrirla aproximadamente cuarenta centímetros más allá, en este punto —continuó el propietario recorriendo el muro para hacer las indicaciones necesarias—. Aquí o un poco más allá —y, mientras decía esto, caminaba percutiendo la pared con una maza en busca del ruido que se lo indicaría.

De repente, se detuvo donde la enredadera clareaba dejando a la vista un tapiado más reciente.

—Justo aquí, seguro que este tramo está hecho con ladrillos normales.

Era cierto. Los albañiles golpearon con el pico en el lugar indicado por el propietario y apenas si encontraron resistencia. Derribaron el resto de la puerta tapiada: la antigua portezuela del huerto.

El capataz Concetto, violento, dijo:

—Pues sí, eran ladrillos normales —y lo dijo así, como si nada, pero por dentro se estaba tragando el orgullo.

—Sí, sabía que la vieja puerta estaba ahí. Y aquí, mire, justo al lado está el tocón de un laurel. No está muerto, de hecho, fíjese, está rebrotando —añadió agachándose a tocar delicadamente un retoño que nadie había visto—. Quisiera que lo respetaran.

El capataz no respondió.

Aquel día el señor Orlando no se alejó del patio ni un momento, y el capataz Concetto, preocupado e irritado por aquella presencia engorrosa, por la tarde, a la hora de irse con la furgoneta, sintió un escalofrío al oír:

—Hasta mañana. Me he instalado en aquellas habitaciones de allí —le dijo Orlando señalando las estancias laterales, que ya mostraban indicios de estar ocupadas.

LAS MANOS DE LA ANCIANA

Orlando sólo había visto una vez a la anciana que vivía en la parte izquierda de la casa. Fue el día que firmó la compra ante el notario: de hecho, era la última propietaria. La maestra había fallecido unos años antes sin herederos, y la casa pasó a ser propiedad de la viuda de su hermano.

El día que había estado en el pueblo para recoger un certificado y, empujado por una misteriosa curiosidad, se había aventurado hasta las afueras para volver a ver la casa de la maestra, el agrimensor le contó que en la finca, prácticamente abandonada, vivía una señora mayor, su actual propietaria. Aquel día ni siquiera llegó a verla. Firmó el contrato de compra y aceptó la cláusula por la que ésta se reservaba el derecho a seguir viviendo en el ala izquierda del caserón hasta su muerte.

La había visto una única vez, en la notaría, pocos días después, cuando firmaron las escrituras. Pero no se fijó mucho y no recordaba su rostro: solamente las manos, huesudas, amarillas, animadas por un espíritu cicatero y sospechoso.

La maestra, según supo más tarde, había muerto años atrás, cuando ya estaba jubilada. Esos últimos años había vivido con su cuñada y sólo salía para asistir a la primera misa, todas las mañanas a las seis, en verano y en invierno, siempre vestida de negro, siempre silenciosa.

Nadie recordaba haber hablado con ella desde que se había jubilado; nadie recordaba tampoco haberla visto de cerca, haberle visto el rostro.

Habían olvidado su rostro. Se había convertido en una sombra.

La cuñada no era tan vieja en aquel entonces y tenía un hijo que vivía en la ciudad y que nunca iba al pueblo. Nadie comprendía cómo se las ingeniaban las dos mujeres para vivir en aquella inmensa casa aislada, construida para muchas personas, para una gran familia. Nadie sabía qué tipo de relación tenían.

Sin embargo, por el pueblo corrían muchos rumores.

Ni siquiera él sabía por qué se había instalado en aquellas habitaciones cuyo abandono exudaba melancolía, en vez de en la fonda del pueblo, por más que solamente apareciera por allí para dormir, muy tarde, y que a la señora no la viera nunca.

La oía, eso sí. La oía moverse de una alcoba a otra, unos pasos susurrantes, sigilosos pero obsesivos, como de alguien que tuviese prohibido estarse quieto y en paz. Oía abrirse armarios y cajones, arrastrar pequeños muebles, sillas, mesas. De vez en cuando, un golpe seco, como si se hubiera caído un libro.

Se preguntaba qué estaría haciendo la mujer, qué estaría buscando en aquellos muebles que le

pertenecían sólo porque les daba uso, puesto que habían sido vendidos junto con la casa. Se preguntaba el origen de aquellos ruidos que la estructura de madera de la antigua edificación repetía de una estancia a otra como un eco.

Lo sorprendió mucho que las grandes estanterías, que recordaba llenas de libros, ahora estuviesen vacías.

Eso era lo más inquietante. Aquellos libros, que en su mente infantil habían dado pie a tantas conjeturas, tantas ensoñaciones, y que en su gran mayoría habían pasado por sus manos cuando era alumno de la maestra, aquellos libros, que en buena medida eran los responsables de la compra de la casa, ya no estaban. ¿Adónde habían ido a parar?

La pregunta lo ponía nervioso. Cuando era pequeño, aquellos libros habían avivado su curiosidad porque eran inaccesibles, eran libros para mayores, para gente que había estudiado. Una vez tuvo la osadía de abrir uno al azar, de los estantes más bajos. Lo cogió cuando la maestra lo dejó solo haciendo los deberes y lo hojeó un poco intentando desentrañar a toda prisa algo de su contenido, antes de que ella volviese. Era un libro extraño, contaba la historia de un borriquillo que una vez había sido un hombre, del cual conservaba el oído y la inteligencia: podía escuchar y entender todas las cosas que antes de convertirse en animal se le habían escapado o no le eran inteligibles. Pero no podía hablar porque era un borriquillo. Sólo podía rebuznar.

La maestra volvió y, negando con la cabeza, le quitó el libro de las manos.

—Este todavía es muy difícil para ti —le dijo.

Aquello le molestó un poco porque la historia del borriquillo le gustaba y de vuelta a casa, al pensar en su burro, le asaltó la sospecha de que también éste podría haber sido un hombre tiempo atrás y que quizá entendía todo lo que se le decía. La verdad es que lo entendía todo. Era un burro muy sabio y cariñoso. *El asno de oro*, que leyó tiempo después reconociendo con entusiasmo su afortunado descubrimiento infantil, ya no estaba allí. Había desaparecido con todos los demás libros. Esas estanterías vacías, en las que alguna página arrancada sobrevivía aún como un fantasma de otro tiempo, eran lo que más lo incomodaba de aquella casa que ahora era de su propiedad, donde provisionalmente pasaba las noches en compañía de una anciana a quien no veía nunca, pero sí oía al otro lado de la pared de su habitación.

¿Era angustia, quizá, esa inquietud que sentía en el pecho en las noches solitarias, allí, en aquella casa vieja? ¿Era la angustia que, en las horas de insomnio, le producía aquel incesante rumor al otro lado de la pared, aquel indicio de presencia humana ajena a la humanidad?

Por suerte, el sueño vencía a la inquietud y la mañana disipaba cualquier rastro de ésta con el canto de dos mirlos que tenía en la ventana. Los había rescatado de una trampa un día paseando por el campo y los tenía en una jaula, en el alféizar de la ventana, con la puertecilla siempre abierta para que pudiesen ir a comer o a pasar la noche. Quería mucho a aquellos animales. Estaban vivos en aquella casa que parecía estar habitada por la muerte.

¿Por qué la había comprado? ¿Por qué, si todos los recuerdos en ella estaban muertos?

LA FONDA DE PLACIDO

—¿Conque has comprado la casa de la maestra? —le preguntó Placido mientras se acercaba cojeando a su mesa y le ponía delante un plato de *tagliatelle al burro* con parmesano, espolvoreados con perfumadísimas virutas de trufa blanca, sutiles como la bruma estival. Un plato que era la sencillez en sí misma, pero del que Placido estaba merecidamente orgulloso—. ¿Has comprado la casa de la maestra?

Lo trataba de tú porque lo conocía desde pequeño, del tiempo en el que, al volver de la escuela, paraba en la tienda junto a la fonda a comprar sal o cerillas para su madre y, de tarde en tarde, para él, una barrita de turrón cubierto de chocolate, de aquellas que se llamaban *gitanas*, como premio especial por sacar una nota particularmente buena. «Gitanas», pensaba, quizá porque iban envueltas en un papel rojo como las faldas de las españolas.

Orlando no respondió enseguida, estaba absorto en el aroma de la trufa entre cuyos matices se percibía también el otro, más tenue y familiar, del parmesano.

—¿Y por qué? —insistía Placido.

Al fin, saciado de aquel olfatear voluptuoso, levantó la vista y contestó:

—Vaya usted a saber.

—¿Y la vieja?

—Se quedará mientras viva. Lo hemos acordado así en el contrato.

Placido hizo ademán de marcharse, pero luego se lo pensó mejor y se sentó a la mesa.

—Y, cuando te quedas en el pueblo, ¿dónde duermes?

—Allí, en la casa. En uno de los cuartos del fondo, donde duerme también la vieja.

Placido se le acercó mucho y lo miró por las rendijas de sus ojos entornados:

—Me pregunto si no estarás un poco loco.

Orlando levantó la cabeza del plato y miró con sorpresa la cara de Placido. Su expresión era tan trágica que no pudo contener la risa.

—¡Eh! Pero ¿tú qué te crees, que tengo miedo?

Placido, mirándolo fijamente, susurró:

—Pues deberías tenerlo, créeme. Harías muy bien en tener miedo. —Y tras una pausa, añadió —: Y lo tendrías si supieras lo que yo sé. —Y se levantó.

—¿Qué es lo que sabes? Venga, cuéntalo todo —le dijo tirándole del brazo para que se quedase.

Placido lo miró con resentimiento, ofendido por la ligereza con la que se tomaba sus palabras. Se limpió las manos en el delantal y, poniéndose en pie, repuso:

—Ay, si yo hablase, si yo hablase... se te iba a quitar de golpe toda esa soberbia. —Y se marchó a la cocina, donde no tenía absolutamente nada que hacer. Quería darle una lección a ese impertinente, a ese incrédulo que sólo porque se creía un intelectual vivía ajeno al pueblo y a todos sus acontecimientos. ¿Había olvidado que pertenecía a aquella tierra en todos los sentidos y que ningún libro, ninguna titulación podría cortar las raíces que lo ligaban a allí?—. Bah... es perder el tiempo... —murmuraba, fingiendo que ponía en orden las tapaderas de las cacerolas. Con tanto libro, ¿qué iba a saber él de la vida, de la vida del pueblo, sobre todo, de las cosas que habían ocurrido, de las cosas que él, Placido, y quizá nadie más, sabía? Había comprado la casona de la maestra. ¿Y ahora? ¿De verdad pensaba que podía irse a vivir allí sin más, como a una casa cualquiera, una casa en la que no hubiera pasado nada? ¿Y la vieja? ¿Se había parado a pensar que allí vivía aquella persona que trajinaba todo el día y quemaba una carta tras otra, tantas que el humo se veía salir por la chimenea incluso en verano? ¿Se había preguntado quién era aquella mujer? Seguro que no lo había pensado, por eso era capaz de dormir bajo su mismo techo. Y seguro que por las noches ni siquiera cerraba la puerta con llave.

Ante esta idea se sintió desconcertado. Volvió deprisa a la mesa y le preguntó:

—¿Al menos de noche echarás la llave para dormir?

—¿La llave? —Orlando lo miró pasmado—. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Pues para estar seguro de despertar al día siguiente, ¿no? —Placido respondió mirándolo con los ojos casi engullidos por los gruesos párpados y añadió—: ¿No te has dado cuenta de que la vieja está loca?

—¿Loca?

—Es una loca y una asesina —añadió Placido en un susurro.

¿Por qué le vinieron a la memoria aquellas manos huesudas y amarillas? Lo habían impresionado tanto que ni siquiera había reparado en el rostro de la anciana ni en su físico: sólo en las manos, que parecían expresar una avaricia famélica, un ansia de hacer, de hacer a toda prisa para volver a esconderse, desaparecer en las entrañas del vestido negro. «Loca y asesina», había dicho Placido. Las manos de una loca.

Pero ¿qué sabía Placido que él desconocía? ¿Qué es lo que podía saber?

Era cierto que él se había marchado del pueblo siendo muy pequeño y prácticamente no había vuelto. Placido, en cambio, no se había movido de allí, de sus mesas en la fonda; y las mesas de la fonda de un pueblo son como el confesionario: allí se sabe todo, se comenta todo, se habla, se cuchichea, se insinúa. Verdades y sospechas, mentiras, suposiciones... todo lo que sucede y lo que no sucede.

No conseguía conciliar el sueño. Había vuelto muy tarde, tanto que incluso la vieja ya se había acostado. No se oía ni un ruido en la casa, y fuera, sólo algún lejano ladrido de perro y, a intervalos, el ulular desolado de la lechuza. El verano estaba ya avanzado y los ruiseñores habían dado por finalizada la temporada de canto nocturno.

Tumbado en la cama, insomne, miraba las vigas del techo que la luna creciente alumbraba filtrándose por las venecianas. ¿Por qué de aquella mujer sólo recordaba las manos y nada, nada, del semblante? ¿Quizá porque intentaba esconderlas? ¿Quizá porque eran feas? Eran feas, sí, pero las manos de los viejos casi siempre son feas.

No recordaba ningún detalle de la cara. Sin embargo, la había visto, en algún momento tuvo

que mirarla mientras el notario leía el acta de compraventa de la casa. Era imposible que no la hubiera mirado y, aun así, era como si aquella vieja no tuviera rostro.

El de la maestra, en cambio, sí lo recordaba: el gesto amargo, los ojos oscuros, la sonrisa extraña. Y de sus manos todavía sentía el contacto huidizo entre su cabello de niño. ¿Por qué enseguida se quedan grabadas las facciones de algunas personas y no se olvidan nunca, mientras que de otras se recuerdan únicamente las manos?

Se despertó tarde por la mañana, triste y con la rara sensación de una ausencia, de un silencio. ¿Por qué no cantaban los mirlos?

Corrió a la ventana y la abrió. Allí estaban: sus mirlos no se habían ido.

Pero estaban muertos.

LA MUERTE DE LA MAESTRA

—¡Pollo a la cazadora! —anunció Placido triunfante dejando en la mesa una enorme fuente que olía a *peperone* y ajo—. Pollo a la cazadora —repitió en voz más baja y casi preocupada cuando vio el aspecto inquieto con el que Orlando estaba sentado en su lugar habitual—. ¿Qué ha pasado?

—Los mirlos. Se me han muerto los mirlos.

Placido lo miró un buen rato en silencio y luego, como hablando para sí mismo, dijo en voz baja:

—Los han matado, querrás decir.

Él no respondió. Placido se sentó a la mesa pensativo.

—Te lo dije: la vieja está loca. Y quizá algo peor. Pero da igual, con los locos nunca hay una razón lógica para las cosas. —Luego, poniéndole una mano en el brazo, con aire paternal, añadió—: Tómalo como una advertencia. Te lo digo como amigo, como padre si quieres, puesto que tengo más años que tú: no te quedes en esa casa, no duermas allí mientras esté ella. Esa mujer... no puedes ni imaginar de lo que es capaz...

—Pero ¿qué puede querer de mí? Ha recibido el dinero de la casa, la garantía de que puede quedarse mientras viva. ¿Qué más puede querer?

—No lo sé —respondió Placido moviendo la cabeza—. Ciertamente no entiendo qué puede querer de ti... Pero guárdate de ella, te lo digo de corazón, has de tenerle mucho respeto.

—¿Por qué dijiste ayer que quizá es una asesina? —preguntó él de repente.

Placido miró con pena el pollo, que estaba enfriándose, y dijo:

—Habrás que recalentarlo. Pero no pasa nada, de hecho, así estará incluso más rico.

—Te he preguntado que por qué la llamaste asesina —insistió.

—Mira, de ti no puede querer nada, seguro. A no ser que prefiera que te alejes de la casa porque la molestas. Pero de la maestra, su cuñada, alguna cosa sí que puede querer... o temer. —Levantó la cabeza y, mirándolo a los ojos, añadió—: ¿Sabías que vivieron juntas los últimos años antes de que la maestra falleciera?

Lo sabía y no le pareció raro. La maestra vivía sola y ya estaba muy mayor; también la cuñada, según había oído contar, se había quedado sola tras la muerte de su marido. Se sabía que tenía un hijo, pero nadie en el pueblo lo había visto. Por otra parte, éste ni siquiera había nacido allí, era de fuera, como su madre, que, tras enviudar, había venido para quedarse a vivir con su cuñada.

—Compartían hogar —continuó Placido—, pero nadie las vio nunca juntas. La maestra sólo salía para la misa de alba y no hablaba con nadie. Dos sombras. Dos fantasmas. —Hizo una pausa y se sirvió más vino—. Dos fantasmas, pero ¡qué diferentes! La maestra continuó siendo hasta el

final la hermosa mujer que fue: alta, esbelta, una reina. La otra, en cambio, parecía que quisiera ocultarse, qué quieres que te diga... Siempre iba deprisa, con paso furtivo, huraña como una comadreja. Y cuando sacaba el dinero de su monedero, con aquellos dedos amarillentos... a mí me daba miedo.

—¿Se llevaban bien? —interrogó él.

—¿Quién sabe? Nadie estuvo nunca en su casa, excepto el médico para el acta de defunción.

Orlando miró a Placido con una pregunta muda en los ojos. Y Placido respondió:

—Murió de repente. Una mañana no la vieron en misa, al contrario de los otros días. La encontraron muerta en su cama. Un infarto, dijo el médico.

Él continuaba observando a Placido sin decir nada. También Placido lo miraba. Después se acercó a su interlocutor y añadió despacio:

—Pero yo he oído a la cuñada en la tumba de la maestra en el cementerio. Ella pensaba que no había nadie que pudiera oírla, pero yo la he oído llorar y pedirle perdón. ¿Por qué crees que le pedía perdón, eh? —Y bajando aún más la voz, casi farfullando para sí mismo—: Infarto de miocardio... dijeron. Cuando alguien muere de repente y es anciano, siempre dicen que es infarto.

—Podría serlo.

—Y la vieja, pensarás, lloraba por la muerte de su cuñada, ¿no? ¿Te crees que iba todos los días al cementerio siendo ya la heredera de la casa? ¡Pero si no lloró así ni cuando murió su hijo!

—¿Su hijo murió?

—Sí, poco después, en un accidente de tráfico. —Placido se sirvió otra vez un poco de vino. Luego, volviendo a posarle la mano en el brazo, dijo—: Hazme caso, no vayas más a dormir a esa casa mientras esté ella. Cuando necesites quedarte en el pueblo, vente aquí. Te daré una bonita habitación tranquila, la que tú quieras... Ya sabes que a la fonda no viene casi nadie a dormir. Pero no te quedes bajo el mismo techo que la vieja. Puede que esté equivocado, puede que no haya entendido nada y que sean imaginaciones mías, lo que quieras... Pero no te quedes más en esa casa mientras esté ella, al menos hasta que la hayas arreglado y te hayas acondicionado un apartamento para ti, con una puerta con cerradura. —Se levantó cogiendo la fuente de pollo—. Prométemelo. Y ahora vamos a recalentar el pollo y nos lo comemos, porque el mal, sea del tipo que sea, se combate con el bien, y un buen pollo a la cazadora, cuando está guisado como es debido, puede ser un bien.

EL SAÚCO

La habían encontrado muerta por la mañana, en la cama.

No podía quitarse esa idea de la cabeza; aquella noche sin luna, asomado a la ventana de su habitación, miraba hacia la fonda de Placido, fumaba el último cigarrillo antes de acostarse y continuaba pensando en aquella muerte solitaria, sin nadie a su lado...

Aunque quizá no era la muerte en sí lo que lo desasosegaba. Al morir, siempre estamos solos. Todos morimos solos. Incluso su madre, que había muerto rodeada de todos sus hijos, también ella se sintió sola en aquel momento. O su hermano, que había muerto a los veinte años en una contienda con los partisanos... ¿Un disparo alemán?, ¿un trozo de metralla? Lo devolvieron a casa en unas parihuelas. En aquel entonces también él estaba solo.

Ella, sin embargo, la maestra, siempre había estado sola, también en la vida. Sola y triste. Aquel destino de tristeza le pesaba ahora en el pecho, como si fuera culpa suya, mientras su mirada se perdía en la oscuridad de la madrugada.

¿Qué habría querido decir Placido con la alusión a la cuñada? ¿De qué la acusaba?, ¿de haberla asesinado? No era inverosímil. Probablemente la envenenó. Pero ¿por qué?, ¿por la casa? Ésta iba a ser suya de todos modos, pues era la única pariente. ¿Acaso Placido no había pensado en eso?

Aquella casona había sido muy importante para la maestra. Quizá era lo único que tenía. Significaba mucho más que su valor económico: era el ancla de su vida, la seguridad de formar parte de este mundo, para ella, que no hablaba nunca con nadie, que no veía a nadie más que a aquel espectro de su cuñada. Era el lugar de los recuerdos, quién sabe cuántos y cuáles, de los afectos que quizá sólo ella conocía. Y de su dolor. Porque también el dolor forma parte de la vida.

Recordó la mano que le acariciaba el pelo, las tablas de multiplicar, las estanterías de libros. Después todo quedó interrumpido, roto, con su partida al nuevo colegio, con la separación de todas las cosas amadas, con aquella infelicidad de la que tuvo que defenderse con el olvido.

Placido le contó que la maestra había querido esa casa como a su vida misma y que la había defendido de todo y de todos, incluso de los alemanes durante la guerra. Una noche incendiaron varias viviendas del pueblo, pues algunos abrigaban la sospecha de que allí se protegía y ocultaba a los partisanos. Echaban las puertas abajo, perseguían a la gente por las calles, prendían fuego a la paja —no había gasolina— y, si no encontraban paja, prendían fuego a los muebles, a las sillas, a cualquier cosa que tuvieran a mano.

Y la maestra, le contó Placido, sin gritar, sin llorar, se puso de inmediato a apagar los fuegos con su pesado mantón de lana, corriendo en silencio de una habitación a otra siguiendo las huellas

de los incendiarios, sin abrir la boca, sin miedo a quemarse las manos, sin huir desesperada como hicieron muchos.

Antes de volver a la ciudad se acercó a ver cómo iba la obra. El heno estaba segado y las vacas pastaban sueltas por los prados.

Detuvo el coche a un lado de la calle, un poco más arriba de la casa, y estaba saboreando el aire perfumado por el heno cuando algo lo hizo dar un respingo, como si fuera un resorte. Salió del coche y echó a correr por el sendero.

No tenía costumbre de gritar, pero aquella vez no pudo contenerse.

—Pero ¡qué hacéis! ¿Os habéis vuelto locos?

Los dos hombres, que armados con sus hachas habían empezado a cortar las ramas del saúco, se pararon desconcertados. El capataz Concetto, un poco más allá, oyó, vio y se hizo el sueco. Quería saber qué otra idea se le había ocurrido a aquel tipo tan extraño. Desde hacía unos días parecía estar más calmado.

—¿Qué vais a hacer con esas hachas? —vociferaba Orlando, a la carrera por el sendero.

El capataz se vio obligado a intervenir para sacar del apuro a los muchachos, que miraban estupefactos sin saber qué contestar.

—Pues hacer limpieza, señor. Estos arbustos son nidos de serpientes.

—Los nidos de serpientes se quedan. ¿Está claro? —respondió en un tono que no admitía réplica. Y mientras se daba la vuelta para regresar al coche, pensando que quizá debía dar una explicación, se giró y añadió—: Me gustan.

El capataz y sus muchachos no dijeron nada. No había nada que decir. Se miraron y se entendieron.

Pero él, que se marchaba dando la espalda a esos mudos comentarios, sabía que en el saúco, aparte de los nidos de serpientes que le traían sin cuidado, estaba el nido del ruiseñor que cantaba sus noches de amor.

Miró el laurel, que habían respetado siguiendo sus órdenes y que ya se veía de lejos por los numerosos rebrotes que rodeaban el viejo tocón: «Has sido más valiente que yo —pensó— lo has visto todo, has resistido a todo y has sobrevivido». Se anotó mentalmente que, al otro lado de la puerta del huerto, al final del verano, plantaría romero.

LOS ABEDULES DE SAN MARTINO

Apenas habían dado las nueve cuando detuvo el coche en la plaza del pueblo y subió las escaleras del despacho del notario. Había salido de la ciudad a primera hora de la mañana, con esa fría grisura de finales de octubre que amenazaba lluvia. Luego, el cielo se abrió entre la niebla, que ascendía lentamente desde el valle, y ahora la plaza aparecía bañada por los primeros rayos del sol, velado intermitentemente por jirones de bruma.

La noche anterior, una llamada del notario lo había avisado de que la vieja señora había fallecido en el hospital al poco tiempo de su ingreso, y de que ya podía pasar por su despacho para retirar las llaves de la casa.

La llamada lo sobrecogió, como cualquier llamada que anuncie la muerte, aunque por aquella mujer, la vieja de las manos amarillas, no había llegado a sentir ningún tipo de simpatía.

Al salir estaba de un humor de perros; precisamente esa mañana tenía sueño, habría querido dormir más, a pesar de que no lo tenía por costumbre. Durante el viaje se distrajo viendo el danzar de la niebla formando unos densos cúmulos deshilachados que descubrían, durante unos instantes, el rojo de los cerezos otoñales, el amarillo de los álamos, la áurea desnudez de las ramas sin hojas de los caquis.

Hizo un alto en la fonda de Placido y le pidió que lo acompañase a la casa rosa: así, sin que hubiera una razón de peso, sólo porque quería tener a su lado a un amigo en el trance de abrir aquellas habitaciones en las que había escuchado tantas noches el trajín de una vida que, de alguna forma, estaba ligada a la suya: la existencia insomne de la anciana de las manos amarillas.

Fue Placido quien abrió la puerta de la casa y quien se adentró, cojeando, en la maraña de desorden neurótico que se encontraron. Las pilas de periódicos se amontonaban por doquier con el evidente fin de ser examinados y arrojados al fuego.

Con el mismo objetivo había montones de libros y de cartas manuscritas. Del destino de todo ese papel daba testimonio el cúmulo de ceniza en la chimenea de la estancia más grande, que había servido de salón comedor. En la mesa del centro había extendida una larga tira de papeles pegados, cubierta por una caligrafía minúscula.

Los dos hombres se aventuraron por aquel mundo de muerte sorteando obstáculos varios hasta la mesa y la franja de papel. Fue Placido quien la cogió para leerla.

—Mira, mira, anotaba uno por uno todos los libros que quemaba. ¡Vieja loca! Así ha destruido la biblioteca más grande del valle.

Orlando registraba las pilas de libros supervivientes como si buscase algo concreto. Cogía uno de aquí o de allá, limpiaba el polvo de la cubierta con la mano, leía el título y lo dejaba

aparte.

Aún olía a humo en la habitación.

—¿Qué buscas? —le preguntó Placido intrigado.

—¡Aquí está! —gritó él justo entonces. Se levantó del suelo, donde estaba agachado, y le mostró a Placido el libro—. ¡Aquí está! Quise leerlo hace muchísimos años, cuando venía aquí a hacer los deberes con la maestra. Pero ella me dijo que todavía era muy pequeño para entenderlo.

Placido lo miraba con gesto irónico:

—¿Y ahora quieres leerlo para saber cómo acaba la historia?

—No —respondió él negando con la cabeza—. Ya sé cómo acaba, ya lo he leído. Es más, lo tengo. Pero éste me lo llevo de todas formas para releerlo, aunque me lo sé casi de memoria.

Y se metió en el bolsillo la vieja edición decimonónica de *El asno de oro* que había encontrado en el suelo, entre los libros destinados a un final que ya no les llegaría. Abrieron las ventanas para airear la sala del olor a humo acumulado y salieron al jardín. Placido cerró la puerta y le entregó la llave diciendo:

—Ahora la casa es toda tuya.

Él no respondió. Estaba mirando una arboleda de abedules que se mecían en medio del descuidado jardincillo que había enfrente. Los miraba como si los viese por primera vez. Sin embargo, estaban allí desde hacía mucho, incluso el día que compró la casa. Eran altísimos y la masa vibrante de las hojas doradas temblaba delante de un sol que, asediado por la niebla, brillaba como un rayo de luz intermitente.

—¿No te acuerdas? —preguntó Placido—. Estos abedules los plantasteis los niños para la fiesta de San Martino. ¿No lo recuerdas?

Él lo miró en silencio, como si no entendiese.

—Sí —continuó Placido—. Teníais siete años. Y cada uno de vosotros plantó un abedul para la maestra. Yo vine con la pala para cavar los hoyos porque eráis demasiado pequeños. Sobre todo, tú, que eras el más canijo. Eras todo pelo.

Avanzaron por la tierra plantada de abedules, por el terreno húmedo cubierto de hojas amarillas. Una nube de niebla los envolvió y los aisló en aquel restringido mundo de madera blanca, alta y delgada, de frondosidad trémula en la suave brisa que combatía con neblina otoñal.

—¿Cuál será mi abedul? —preguntó acariciando con la mano algunos de aquellos troncos—. ¿Cuál será el que planté yo?

Placido se echó a reír.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Recuerdo que estabais todos enfangados porque había llovido mucho los días anteriores; por eso se eligió el día de San Martino para plantar los abedules. Y arraigaron todos. No se perdió ninguno.

Se sentaron en el banco de piedra que había entre los árboles.

—A cada uno se os dio un plantón, una planta de vivero de menos de un metro de altura, pero tú eras tan pequeño que apenas la superabas. La llevabas abrazada y, en el momento de colocarla en el agujero, te echaste a llorar: lo recuerdo como si fuera ayer, porque no querías separarte de ella. Llorabas e ibas cubierto de barro, no sé por qué, creo que te habías caído a un charco. Te habías mojado tanto que la maestra te puso después unos calcetines limpios y secos. Te quería mucho la maestra.

—¿Un par de calcetines? —preguntó Orlando sorprendido—. ¿Cómo podía tener calcetines de niño en su casa?

Placido no respondió de inmediato. Parecía distraído observando el baile de la niebla movida por el viento, que se diluía iluminada por los débiles rayos de sol.

—La maestra tenía una hija de tu edad —le dijo Placido.

Él lo miró con sorpresa, callado.

—Sí —continuó Placido encogiéndose de hombros—. Quizá nunca lo supiste porque entonces eras muy pequeño para entender tales cosas y después te fuiste. A fin de cuentas, ¿qué sabes tú de este pueblo? Siempre has querido olvidarlo. —Se encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Orlando—. En el pueblo muchos lo sabíamos, aunque de eso no se hablaba nunca. Sí, tu maestra tenía una niña, y nunca se supo quién era el padre. De todas formas, aquí nunca la vimos. —Dio una calada al cigarro en silencio—. Yo sé que ella sustentaba a su hija, le dio estudios. La niña vivía con otra familia, en un pueblo no muy lejos de aquí. Quizá la adoptaron. De todos modos, la maestra siempre estuvo pendiente de la pequeña, le procuraba la ropa y cualquier cosa que le hiciera falta. Y por eso tenía en casa los calcetines de niño que te puso aquel día.

—Pero ¿por qué no la tenía con ella? —preguntó bruscamente.

Placido lo miró perplejo. Luego, moviendo la cabeza, respondió:

—¿Ves como no entiendes nada de este pueblo? ¡Pues porque no estaba casada! ¿Crees que aquellos tiempos eran como los de hoy? ¿Y que en un pueblo como éste una mujer podía exponerse a la vergüenza de tener un hijo ilegítimo? Además, ella era una señora, no una campesina cualquiera. ¿En este pueblo?, habría sido una locura para ella y para su hija.

Placido hablaba con rabia, caminaba a trompicones entre los abedules, cojeando más de lo normal.

—En un pueblo como éste todos le habrían retirado el saludo, e incluso habría perdido su puesto de maestra.

Él no dijo nada. Miraba el pálido sol que se filtraba entre la niebla manchando de luz las hojas de los árboles.

Algunos días después volvió al bosquecillo de abedules. Era una mañana de viento con destellos de sol, nubes altas, luz fría y cortante. Se sentó en el banco de piedra a mirar la fronda mecida por el aire, las hojas que caían revoloteando en círculos y acababan alimentando el mantillo de la tierra.

Pensaba en aquel día de San Martino que había olvidado, en los niños plantando los abedules para la maestra, en Placido cavando los hoyos y la maestra que le puso los calcetines secos y limpios de su hija. Le parecía recordar ahora los gestos de aquel día, un día de sol después de la lluvia, con mucho barro en el suelo, y el aire húmedo de otoño, los niños sujetando cada uno su planta y él, que se había caído en un charco, mojado y sucio de pies a cabeza.

Después vio el rostro de la maestra mientras le cambiaba los calcetines. Quizá lo sentó en su regazo para manejar mejor los calcetines y zapatos, como hacía su madre para el examen del cabello... Debía de quererlo mucho para ponerle ropa de su hija.

Había tenido una hija a la que no había podido criar, amamantar, alimentar, acariciar. Tal vez ni siquiera la había visto o lo hizo de lejos, para que no se enterase de que era de una familia ilegítima, sin padre.

Una fuerte ráfaga de viento arrastró un remolino de hojas que llovió sobre su cabeza. Y luego ¿nunca más la vio? Su mente se revolvía con esa idea. ¡No era posible! No podía ser verdad.

Sin embargo, cuando se jubiló, se hizo mayor y vivía con esa cuñada que posiblemente la había envenenado: estaba sola. Siempre había estado sola. Nunca había tenido un hijo a su lado. Nunca la había querido nadie.

Siempre estuvo sola.

¿Y el hombre que la había amado? Detrás de un hijo siempre hay una historia de amor. No se casó con ella. Quizá no podía. Quizá murió. Quizá no la amaba y la abandonó.

Ella, que sí amó a un hombre y que trajo una hija al mundo, vivió toda la vida sola, sin hombre y sin hija. En su enorme casa vacía.

Y le puso a él los calcetines guardados para su niña.

Se levantó, miró las ramas casi desnudas, contempló la casa rosa que había pertenecido a la maestra.

Las hojas doradas de los abedules extendían por el prado la sombra del verano.

Dio una última vuelta alrededor de la casa antes de coger el coche y se detuvo sorprendido al lado de la puerta del huerto. El laurel había crecido, era ya un espeso matorral que había brotado del antiguo tronco y formaba una espléndida mácula verde. Pero, al otro lado, donde al principio pensó plantar romero e incluso había hecho una marca en la piedra del bordillo, algo que después olvidó, había una mata verde oscuro que de entrada no supo distinguir, espesa y baja, fuertemente aferrada al terreno, como si hubiera estado allí siempre.

La miró más de cerca, la tocó, respiró el intenso aroma en sus manos, sintió la aspereza de sus pequeñas hojas duras y recias, apoyadas contra el muro como en busca de calor.

¿Quién había plantado el romero justo donde él había olvidado hacerlo?

LAS TRES CARTAS

Las encontró entre las páginas de *El asno de oro*, algunos días después, cuando se acordó del libro al notar su presencia rectangular en el bolsillo del impermeable. Y, hojeándolo al azar, más por seguir el curso de sus recuerdos que por interés en el contenido, aquellas tres cartas amarillentas aparecieron entre las páginas, breves, sin sobre ni dirección, sin fecha. También faltaba el nombre del destinatario, sustituido por la expresión más significativa y a la vez más vaga que un amante pueda usar: *amor mío*.

Amor mío, ayer volvieron las golondrinas. Antes de verlas ya las había escuchado. Fue una tarde borrascosa que amenazaba tormenta. Las escuché enloquecidas por el hambre y el cansancio. Estoy abatida y triste, y me duele tu ausencia.

No había firma, como sucede a menudo en las cartas de amor. Sólo un adjetivo revelaba que quien escribía era una mujer. La segunda carta era más larga.

Amor mío, sé que nunca podré vivir contigo y que sólo podré tenerte raramente, como un robo del que no me siento culpable. Sé, además, que si tuviera un hijo sería un hijo sin padre. Cuento con todo ello. En realidad, mi deseo no es que me pertenezcas, sino conocerte. Conociéndote te tendré para siempre, serás parte de mí misma mientras viva. Cuando acepté amarte, acepté todo lo bueno y todo lo malo que podía conllevar. Y no me arrepiento.

La tercera carta era más breve y tampoco delataba al destinatario, oculto de nuevo bajo el vocativo *amor mío*. Orlando comprendió después por qué el nombre no aparecía.

Lo sé, me lo has dicho muchas veces, de nada sirve echarse a llorar desconsolada... Sin embargo, lo he hecho, no he podido hacer otra cosa cuando me ha llegado la noticia de tu muerte. Así, de esta forma tan inesperada. Había tenido en cuenta todo menos la muerte. No tiene sentido, es absurdo.

Reparó en que la mano que sostenía la carta temblaba.

¿Quién la había escrito?, ¿la maestra?, ¿a su amante?

Pero la última, aquella última, era una carta escrita a un muerto, era un grito de desesperación.

Recordó a la maestra como él la había conocido, su rostro severo, triste, los calcetines de niño que le había puesto, el afecto que le había prodigado.

Sintió la sombra de la muerte, ese temido invitado al que todos esperamos y que, cuando llega, lo hace siempre por sorpresa.

Se quedó inmóvil, pensando en el extraño destino de la maestra, en aquel amor truncado de repente, del cual ella había tenido una hija.

«Pero —pensaba Orlando— aquella mujer tuvo la valentía de amar, es más: de amar a quien ella eligió, contra todo y contra todos. Y amó profundamente. También a su hija la quiso mucho, aunque fuese a escondidas. Renunció a ella por su bien, para no comprometer, como se decía entonces, su futuro. ¿Es posible, entonces, renunciar a la persona amada por su bien? Evidentemente, sí, pero hace falta un enorme valor.»

Agachó la cabeza sonriendo: «No estaría muy orgullosa de mí ahora, si me viese».

EL ROMERO

A finales de enero las obras de restauración estaban terminando, y la casa ya era en gran parte habitable.

—Realmente, un buen trabajo —dijo Placido, levantando la vista y sujetándose el sombrero en la nuca con un dedo.

Era una mañana límpida y luminosa con ese sol frío y ese viento racheado que en invierno recorre las colinas. Placido contemplaba con evidente admiración la enorme casa, cuyo enlucido había recuperado el antiguo color rosa, y la torre circular, que dejaba entrever por los vanos de las ventanas la escalera de caracol que conducía a un desván.

—¿Allí arriba pondrás tu estudio de pintor?

—No lo sé —respondió él con desgana. Sin embargo, sabía perfectamente que en aquella buhardilla instalaría su estudio: con ese objetivo la había proyectado desde el principio de las obras. Incluso se decía a sí mismo que había comprado la casa con el fin de hacerse un estudio allí, porque el silencio, el aislamiento y la magnífica luz que entraba por sus cuatro ventanas — una por cada punto cardinal— acaso lo salvarían de la inercia que lo arrastraba, y de ese modo se sentiría de nuevo empujado a retomar los pinceles que desde hacía tiempo tenía aparcados, pues le inspirarían nuevas ideas a su mente hastiada.

Pero a Placido no se lo reconoció. No quiso darle esa satisfacción.

—En realidad, aún no sé bien qué haré —dijo disimulando.

Placido le echó una irónica mirada de refilón con los ojos entrecerrados.

—¿Y cuándo te vas a mudar?

Orlando miró a Placido con displicencia. Sabía que antes o después le iba a hacer aquella pregunta, que era precisamente la que no quería escuchar.

—¡Cómo quieres que me venga a vivir aquí! —respondió irritado mientras daba un puntapié a un montón de cascotes—. ¡Con toda esta porquería! —Y señalaba con la mano los escombros esparcidos, las pilas de madera de los andamios, la hormigonera, el cemento y todo lo demás—. Primero es necesario que todo esto desaparezca y hacer limpieza.

Recorrieron despacio el sendero hacia la calle.

—Qué quieres que te diga —insistía Orlando, casi para convencerse a sí mismo—, mientras estos escombros y el cemento estén aquí, no puedo instalarme. Lo quiero todo en orden, el jardín y el huerto.

—Pero eso no es trabajo de los albañiles. Ya te puedes dar con un canto en los dientes si logras que se lleven consigo sus trastos, los que les sean todavía de utilidad, al menos.

Era cierto, y él lo sabía perfectamente. Sabía que lo que le disgustaba no era precisamente la idea de romper con pico y pala las pellas de cemento endurecidas. No. Quizá no quería confesárselo, pero en realidad le disgustaba la idea de irse a vivir a aquella casa.

¿Por qué?

No lo sabía. Tal vez se figuraba que ese acontecimiento era una prueba decisiva y sin escapatoria. Y le daba miedo.

—Por otra parte —dijo Placido, como concluyendo los pensamientos de Orlando—, eres dueño de hacer lo que te dé la gana. No hay nadie en el mundo que te pueda obligar a lo contrario.

¿Era verdad?

Pensaba en las palabras de Placido y sentía una especie de desasosiego.

Puede que fuera miedo.

Pensaba también —aunque era reacio a aceptarlo— que si conseguía volver a los pinceles y, sobre todo, a pintar de verdad, lograría salir del vacío de emociones y de alegría en el que estaba atrapado desde hacía tiempo. Conseguiría volver a vivir.

—¿La habré comprado por eso? —se preguntaba mirando la casa, que en ese momento le parecía enorme y amenazante. Pero no apartó la vista, es más: metiéndose las manos en los bolsillos, se plantó delante de ella casi desafiándola.

Después cogió el coche con la intención de volver directamente a la ciudad sin pasar a despedirse de Placido. En cambio, pocos minutos después cruzaba la puerta de la fonda y se detenía en el umbral.

—¡Placido! —llamó, pues lo vio trajinando en los fogones de la cocina—. ¿Quién ha plantado la mata de romero?

Placido nunca tenía prisa ni en sus movimientos ni en sus respuestas. Quizá a causa de la cojera.

Pero aquella vez, sin duda, se tomó mucho más tiempo del necesario. Al fin apareció por la puerta de la cocina, secándose las manos en el delantal.

—¿Qué romero? —preguntó.

—El que hay al lado de la puerta del huerto.

Placido puso la cara más sorprendida que se pueda imaginar y contestó:

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

Se dio cuenta de que Placido podía tener razón, pero ya estaba lanzado y no pudo parar.

—Claro que tienes que ver. Y no me digas que no sabes nada.

Placido se le acercó despacio todavía secándose las manos en el delantal.

—Por lo visto —replicó— yo debo de estar informado de todas las matas de romero que se planten o no se planten en este pueblo. ¿No te das cuenta? —dijo moviendo la cabeza—. Tengo mejores cosas que hacer que ocuparme de tus plantas. Además, ¿a ti qué más te da quién lo haya plantado? Te gusta, ¿no? Una casa sin romero no es una casa. —Se alejó cojeando hacia la cocina, pero se volvió desde la puerta y le soltó con malicia—: Por cierto, el romero es la planta del amor. ¿No lo sabías?

LOS TOPOS

A principios de primavera la casa ya estaba terminada. Los albañiles habían retirado los andamios, la hormigonera y la chatarra sobrante.

Placido y él habían rematado el trabajo recogiendo los restos de ladrillos y cemento, y repartiendo la tierra nueva que habían llevado hasta allí con el tractor. Podaron los viejos rosales y trajeron unos nuevos. En los parterres plantaron semillas de capuchina y de petunia, junto a la verbena y otras flores.

Colocaron una clemátide azul junto a la cancela del jardín, y las viejas ramas del jazmín silvestre, que arrastraban por el suelo como los cabellos de una penitente, se levantaron hasta el voladizo que protegía la entrada.

Placido miraba todo con evidente satisfacción. Orlando estaba cada vez más perplejo.

—¿Ahora por fin te decidirás a vivir aquí? —preguntó Placido con cierta indiferencia.

Orlando no respondió. Al contemplar la tierra mullida y rica en mantillo, pensaba que así debería haber sido su vida, así habría querido que fuese. Y que podría haber vivido allí, en aquella casa... Habría cultivado las flores y el huerto, y, por las tardes, para la cena, habría cogido su propia lechuga, como cuando de niño ayudaba a la maestra. Pero su alma no era como aquella tierra, renacida del hielo invernal, llena de vida, llena de nutrientes, fértil... Su alma era árida, y las semillas se le morían dentro.

—Sí —respondió con frialdad—, le pediré a mi hermano que se venga, me ayudará con el huerto.

Placido, que estaba desmenuzando con la mano un puñado de tierra, no respondió. Parecía concentradísimo examinando el terrón. Después cogió su bastón y se dispuso a irse.

—¿Dónde vas a poner el huerto?

—Allí, donde estaba antes. Es el mejor lugar, el más soleado y el más protegido del viento —explicó Orlando, como entusiasmado por un súbito interés en la producción agrícola.

—¿Y le pedirás a tu hermano que venga?

—Sí. No es cuestión de vivir solo en una casa tan grande. Además, mi hermano tiene mucha experiencia en huertos.

—¿Y tu cuñada?

—Siendo su mujer...

—Cierto, cierto —dijo Placido recorriendo el sendero. ¿Era impresión suya o Placido cojeaba más de lo habitual?

Se despidieron ya en la calle y Placido echó a andar hacia la fonda. Apenas dio unos pasos, se

giró y lo llamó por su nombre. Orlando lo miró esperando sus palabras.

—¿Pero no había topos en esa parte? —Y señalaba con la cabeza el lugar destinado al huerto. Orlando lo miró arrugando el ceño y no dijo nada.

Había topos, sí. Y siempre en el mismo sitio. Pero no aparecieron hasta que el huerto, en gran parte obra del hermano, estuvo terminado.

Las zanahorias, que empezaban a brotar exuberantes, desaparecían de repente. Lo mismo le ocurrió al apio y al hinojo, mientras unos pequeños montoncitos de tierra proliferaban alrededor del terreno cultivado. Sólo alguna tomatera se pudo salvar.

Los dos hermanos contemplaban desolados el huerto y se miraban tristes el uno al otro.

—Habrá que echar veneno —dijo el hermano.

—No quiero veneno en mi casa —respondió él secamente.

—Pues entonces quédate con los topos —contestó el hermano todavía más seco.

Orlando no dijo nada. Casi lo odiaba. «Mejor los topos que él», pensó. Pero ahora lo había invitado a establecerse allí. ¿Cómo iba a soportar aquello? ¿Cómo iba a soportar a su cuñada, que siempre le había resultado tan antipática? Los iba a tener que ver a todas horas, cada día y en cada momento del día.

¿Y su libertad? ¿Y si quisiera, pongamos por caso, invitar a una amiga? Tendría que dar explicaciones, presentársela, soportar sus miradas inquisitivas y amables, y después contarles la historia.

¿A ellos? ¿Quiénes eran ellos para interferir así en su vida?

—¡Maldita sea! ¿En qué momento se me ocurrió invitar a mi hermano? Sí, ya... para el huerto —se dijo con sarcasmo.

Al final, el huerto había sido un desastre porque estaba lleno de topos, y a cambio tenía en casa a dos tocanarices. ¿Dónde se había metido ahora su hermano?

Lo buscó con la mirada y, al no verlo por ninguna parte, se volvió hacia la casa. Y allí estaba. Lo vio subir la escalera de caracol directo a la estancia de la torre. Lo vio a través de una de las ventanas sin terminar que había a lo largo de la escalera.

¿Qué iba a hacer allí arriba? No era la primera vez que lo veía subir. Pero arriba no había nada. Tan sólo una puerta cerrada, la puerta de la sala circular de lo alto de la torre.

Aquella sala que había concebido para él, para los días de invierno. Una enorme estufa en el centro, de mayólica, las cuatro ventanas para suplir la escasez de luz de los días grises, doble cristalera... y él allí arriba, como un águila, dominando con la mirada todo el paisaje a su alrededor. Allí sus pinceles volverían a la vida. Envuelto en una chaqueta de lana, oyendo el croar de las ranas, en aquella soledad de gran señor, las ideas germinarían por sí solas, como las semillas en la tierra, sin lienzos rajados por la rabia y sin tiempos muertos por la impotencia.

Pero el estudio no estaba terminado, y la puerta estaba cerrada para evitar que alguien pudiera caerse por los vanos que acabarían siendo ventanas. ¡Maldito Concetto! Le había dicho que el próximo otoño lo terminaría porque ahora tenía otros trabajos más urgentes o, mejor dicho, rentables.

Pero ¿qué iba a hacer su hermano a lo alto de la escalera cada dos por tres? Si allí arriba no había otra cosa que una puerta cerrada. ¿Curiosear?, ¿qué hacía? Una idea lo atravesó como un navajazo: si tanta curiosidad lo empujaba allí ahora que no había nada..., ¿qué no haría cuando

aquel espacio se hubiera convertido en su estudio?, ¿subiría allí a espiarlo por el agujero de la cerradura?, ¿y cómo iba él a librarse entonces de la pesadilla de ese ojo perseguidor?

¿Por qué?, ¿por qué había invitado a su hermano? Por aquel huerto que estaba lleno de topos. Placido lo sabía. Lo había avisado.

No veía solución a su problema. ¿Cómo le diría a su hermano: «He cambiado de idea, ya no quiero que estés aquí»?

Nada que hacer. Ahora tenía que aguantarse.

Lo distrajo de esos pensamientos un repentino estruendo procedente de la escalera de caracol, el estruendo de alguien que tropieza y cae aparatosamente.

Entró corriendo en la casa y encontró a su hermano desplomado en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —le gritó alarmado—. ¿Te has hecho daño?

—Me han empujado... —murmuró el hermano—. No he visto quién, pero he notado un empujón...

—En casa no hay nadie. ¿Quién te ha empujado?

Dejó de preguntar en cuanto vio que el hermano estaba herido y corrió a llamar a los servicios de emergencias.

Sólo tenía una pierna rota, que no era poco. En su lecho del hospital continuaba repitiendo que alguien lo había empujado, que había notado con toda claridad un empujón, pero que no sabía quién ni había visto nada. Placido, que había ido a visitarlo, lo escuchaba con interés, atentamente, asintiendo en silencio. Pero fue el único.

Nadie más le dio cancha. Y al final, él mismo se cansó de insistir. Eso sí, a la casa de la maestra no quería volver nunca más.

—¿Así que tu hermano se ha ido? —preguntó Placido una noche mientras le servía la cena en la fonda.

—No ha superado el susto de la caída —respondió él.

—¿Sólo por eso? —Placido se detuvo al lado de la mesa y lo miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá ha comprendido. Ha entendido las señales.

—¿De qué señales hablas? Explicáte mejor.

—Nada, nada. Es sólo una idea —respondió Placido de camino a la cocina—. Ya sabes cómo somos la gente de pueblo —dijo volviéndose a mirarlo irónico y misterioso—, cargados de supersticiones e ideas extrañas...

EL PORCHE

No era un porche como tal. Era más bien un cobertizo para las herramientas adosado al muro interno del patio. Un voladizo que recorría la tapia a lo largo y protegía de la lluvia toda clase de utensilios, ya en desuso, cubiertos de polvo antiguo y viejas telarañas. De un alambre toscamente estirado colgaban un embudo para el vino y otros objetos de uso incierto.

Orlando se acercó al cobertizo y empezó a inspeccionar aquellos trastos olvidados sacudiéndolos ligeramente. Entre el polvo apareció una cafetera vieja de hierro esmaltado de color azul con florecillas en el borde superior. «Cuánto café debe de haber calentado», pensó. Una pajarera, mejor dicho, una jaula grande para aves se balanceaba colgada de un gancho. La tocó casi para constatar que era real; era una de aquellas jaulas elegantes que se usaban antiguamente en las casas distinguidas. No recordaba haberla visto nunca en la casa de la maestra. Siguió adelante y, al ver un pequeño objeto medio oculto entre otros, le dio un vuelco el corazón. Lo cogió mientras una intensa emoción se apoderaba de él. Lo sostuvo en las manos, le limpió el polvo y, sin preocuparse por sus pantalones claros, se sentó en una vieja silla de paja de Viena medio desfondada. Aquello sí, ¡aquello sí que lo había reconocido! Era el tazón de porcelana en el que la maestra le ponía la leche de la merienda. Un tazón verde con corazoncitos rojos en el borde.

Lo recordaba perfectamente, le encantaba *su* tazón. Le vino a la cabeza, de repente, que no había vuelto a beber leche desde que aquel tazón dejó de existir para él. «¿Quizá en el colegio — le dio por pensar— dejé de tomar leche porque ya no venía servida en este tazón?, ¿o por aquellas manos? ¿Por eso la leche había cambiado su sabor y ya no había vuelto a gustarle?»

El corazón le latía a toda prisa mientras, sentado en la vieja silla, se pasaba de una mano a otra el tazón desconchado y perdía la mirada en el crepúsculo, como cuando se sentaba allí, en el cobertizo, con la maestra, ella haciendo punto, y él leyendo un libro, en las largas y calurosas tardes de verano, esperando que la brisa refrescara el ambiente para volver a casa a cenar. ¿Cuántos días se repitió aquel rito?, ¿cien?, ¿doscientos?

Lo había olvidado.

—Allí, detrás de aquellas montañas, ¿las ves?, allí está el mar —le decía la maestra. Y él miraba atento la silueta de los montes azules recortada en el cielo del atardecer y se imaginaba que el mar era algo fabuloso, una inmensa llanura de agua llena de animales fantásticos, tritones, sirenas, todos los que había visto en las ilustraciones de la *Odisea*, y el dios Neptuno en medio, con su tridente y su corona en la cabeza.

Después, el aroma del jazmín que llegaba con la brisa y los gritos de los vencejos en plena caza por el cielo tardío le recordaban que era hora de volver a casa.

Cuando más adelante vio el mar, sintió una especie de desilusión: no era el mundo fabuloso de su mitología, sino algo mucho más familiar donde podía uno bañarse y jugar con el agua, y donde se podía navegar y divertirse de muchas formas. No había seres legendarios y no era para nada tan transparente como un inmenso cristal, como lo describía su libro de la *Odisea*. Pero, cuando por las tardes se sentaba en la orilla a contemplar la lenta evolución de los colores al tiempo que el sol se hundía en el horizonte, y el súbito encenderse de los destellos violáceos detrás de los que finalmente desaparecía, y luego el lento oscurecimiento cuando se apagaban poco a poco los últimos reflejos en el cielo, entonces le resultaba incluso más bello que el fabuloso reino de los tritones, más humano y fácil de amar. Él lo amaba intensamente.

Siempre tuvo la sensación de que en cualquier momento el mar podía consolarlo, como un amigo. También ahora, sentado en la silla vienesa desvencijada, con el tazón desconchado en las manos, con un nudo en la garganta, pensar que detrás de aquellas montañas azules, a lo lejos, estaba el mar parecía darle consuelo.

Pero ¿consolarlo de qué?

¿De la parte de su vida que había desaparecido?, ¿de esa parte de su vida que intentaba recuperar yéndose a vivir a aquella casa?

¿Del miedo de que el intento, aquel intento que era el último y decisivo, fracasara?, ¿de la angustia que lo atraía a ese lugar y que al mismo tiempo lo alejaba?

¿De verdad bastaba con el mar, lejano detrás de las montañas, para consolarlo?

LA MUJER DE LA MALETA

—Ahora tienes que venir para quedarte —le había dicho Placido. Y él, un día, por fin decidió instalarse en la casa de la maestra. *Su casa.*

Llegó por la tarde con una pequeña bolsa de viaje en la que había metido el pijama, una camisa de recambio, el cepillo de dientes, la cuchilla de afeitar y poco más. Trajo consigo también el caballete y todo lo necesario para pintar.

Se bajó del coche, dio una vuelta alrededor de la casa y se detuvo en el porche contemplando el entorno. El silencio del mediodía campestre lo envolvió como una oleada. Era un silencio particular, sordo, formado por el canto de las cigarras y otras voces del campo, las ranas, los pájaros en los nidos reclamando alimento y, a lo lejos, perros ladrando.

Estaba solo.

No le impresionaba el hecho de estar solo. En el fondo, desde que había dejado la casa de sus padres para irse al colegio siempre lo había estado. Allí, entre todos aquellos muchachos que comían con él, estudiaban con él, conoció por primera vez la soledad. Aprendió a estar solo rodeado de gente y a sentirse bien.

Aquel aprendizaje se lo llevó consigo cuando se fue a vivir a la ciudad, a un pequeño apartamento de soltero, lleno de libros y cuadros. La soledad formaba parte de su vida y nada la alteró nunca, ni siquiera cuando se enamoraba y creía, con toda seriedad, que esa vez era para siempre.

Pero ahora, en aquella enorme casa, era diferente. Quizá fuese por la ausencia de voces o por el cúmulo de recuerdos que asaltaban su mente como huidos de una prisión cuya puerta había sido derribada. Era la urgencia del pasado, eso era, lo que le producía esa sensación de inquietud, esa necesidad de alguien, de una presencia humana.

Pese a todo, reconocía que la idea de vivir con su hermano y su cuñada había sido peor de lo que había pensado. Con ellos se habría sentido mucho más solo que antes, y no habría podido soportarlo. Estaba contento por lo que había pasado. Aun así... que la casa hubiera planeado echar a su hermano y de aquella forma...

Pero ¿qué demonios estaba diciendo? Se estaba dejando influir por Placido, por sus extravagantes deducciones. Supersticiones de campesinos, eso es lo que eran. No quería ni pensarlo.

Sin embargo, se sentía un poco, cómo decirlo, estupefacto.

No llegó a deshacer la maleta. Montó el caballete en el porche, fijó un lienzo y se sentó en la

silla vienesa desfondada. Tenía que empezar a pintar cuanto antes, de lo contrario sospechaba que no llegaría a hacerlo nunca.

Había un enorme rosal junto a la tapia, un viejo rosal de tronco tortuoso. Entre las hojas grandes y oscuras asomaban pequeñas flores pálidas.

Mecánicamente, casi sin pensarlo, empezó a dibujar el tronco y las hojas, como si quisiera atraparlas en el lienzo, con un maníaco afán de exactitud.

Un cuarto de hora más tarde abandonó el caballete y entró en casa con la maleta. Pero ¿acaso no era libre, absolutamente libre de hacer lo que quisiera?

Se sirvió un vaso de vino y se sentó en el escalón de la puerta del huerto, entre el laurel ya reverdecido y el romero en floración.

Alargó la mano y cortó una ramita.

—¿A ti —preguntó— quién te ha plantado? Él estaba ya antes —dijo señalando el laurel—, aunque yo no me acordase. El laurel lo resiste todo, el frío, el cemento, el olvido... Se encierra en el tronco como si estuviera muerto y espera. Y en cuanto le dedicas una mirada de cariño, rebrota. Pero ¿tú, qué?, ¿estabas ya antes o has aparecido por arte de magia? —Olisqueó la ramita y continuó—. Ya sea casualidad o milagro, es muy curioso que estés aquí. Placido dice que eres la planta del amor y quizá tenga razón. Estás ahí todo el año como si nada, en invierno te vuelves leñoso y oscuro, casi negro. Después, de repente, te llenas de flores. Llega el verano y tú eres el primero en saberlo. Y las abejas celebran tus atenciones.

Se levantó y, echándole una última mirada antes de acceder al interior, añadió:

—Sí, tiene gracia que hayas aparecido justo en mi puerta, en la puerta de alguien que nunca ha sabido amar.

Llamó a una amiga y la invitó a pasar unos días en la casa. Así mitigaría un poco su soledad. Durante unos días tendría a alguien cerca con quien hablar, pasear, escuchar música. El rosal en el caballete podía esperar.

Era una mujer de su edad, ya no era jovencísima y, por tanto, era discreta, encantadora pero con mesura, inteligente y agradable. Preparó la mesa en el porche, a la luz del crepúsculo estival, cenarían un poco de salami, pan, verduras del huerto... Por cierto, los topos se habían ido. Misteriosamente, a saber por qué. Ni un solo montículo de tierra les servía ya de respiradero, ni había más lechugas marchitas ni apios mordisqueados. Todo prosperaba en perfecto orden. ¡Qué caprichosa es la naturaleza!

Después, al caer la noche, encendería un par de velas colocadas en botellas viejas y pasarían así la velada, charlando, bebiendo, escuchando los grillos en silencio, disfrutando del aroma del romero...

Se miró las uñas: ¡daban pena!, ennegrecidas del trabajo en el huerto, rotas, indecorosamente largas. Necesitaba con urgencia la visita de su amiga, discreta y paciente, que se las arreglaría, se las cortaría con delicadeza eliminando los incómodos padrastros y luego se las limaría suavemente. Aquel gesto lento y continuo le producía un intenso bienestar, como cuando de pequeño su madre le pasaba la mano por el pelo. Un placer por el que las conversaciones se fundían con el silencio y la mente se perdía en imágenes confusas, en un oasis de agitado torpor.

Mientras conducía hacia la cercana estación de Rossiglione, adonde su amiga llegaría con el

tren, miraba las lomas cubiertas de densos boscajes en los que la acacia prosperaba en detrimento de los demás árboles. «Hubo un tiempo —pensaba—, antes de que la acacia llegase a infestar estas montañas, en el que todo eran bosques de roble, espléndidos robledales donde los cerdos comían bellotas y también las cabras encontraban su pasto bajo las copas de los árboles, mordisqueando brotes de zarza y de otras hierbas. Qué hermoso debía de ser todo entonces, pasear por aquellos bosques sin rasgarse la ropa y quedarse enganchado en las duras púas.»

¿De dónde le venían tales ideas? No tenía ninguna intención de ir a pasear por los bosques cercanos a Rossiglione, aunque era una mañana radiante y tranquila. Sólo quería recoger a su amiga en la estación y, después de pasar un rato de apacible conversación en el porche, llevarla a comer a la fonda de Placido, que ya estaba sobre aviso. ¿Qué le importaban a él las acacias invadiendo esta ramificación de los Apeninos?

Justo entonces apareció el tejado rojo de la pequeña estación casi oculta entre el verde. Miró el reloj: perfecto, faltaban escasos minutos para la llegada del tren. Aquel tren, quizá porque eran poquísimos los viajeros, no se retrasaba nunca. En la estación no había nadie aguardando para salir, y él era el único que esperaba una llegada. Sólo se bajó una persona del tren: su amiga.

¿Cómo podía traer una maleta tan pesada? Tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantarla y meterla en el portaequipaje. Miró a la mujer a los ojos y le preguntó:

—¿Qué llevas dentro?

—Volúmenes de botánica y otros materiales científicos. Quiero echar un vistazo a estos bosques y ver si es posible librarlos de la invasión de las acacias.

—Ah, la acacia —respondió él con un extraño presentimiento—. ¿Y desde cuándo te ocupas de las acacias?

—Pues decidí trabajar en botánica, y las acacias son árboles, ¿no? —replicó ella con cierta sorpresa.

A Orlando no se le ocurrió nada más que decir mientras conducía de vuelta a casa, tratando de no mirar las acacias, incluso de apartarlas de su mente, de olvidarlas: un esfuerzo vano, pues su invitada no hizo otra cosa que hablar de ellas, de los daños evidentes que causaban a la flora de los montes, colinas y montañas con su invasión descontrolada y su rapidísima proliferación.

—Por si fuera poco, es una planta inútil. Su madera ni siquiera sirve para leña, porque hace una humareda rápida como la paja y se acabó.

—Sí —se aventuró él—, pero ¿qué me dices de la miel de acacia?

—Tonterías, cualquier planta que tenga flores atrae las abejas, incluso los castaños. ¿El tilo? ¿No sería mucho mejor que la acacia?

—Sí, el tilo no tiene espinas —contestó él, por decir algo.

—Mira, te voy a contar mi proyecto. En esta maleta llevo diferentes recipientes herméticos para guardar muestras de tierra de esta zona, con todos los insectos y parásitos que la habitan, y luego estudiar cómo se podría modificar el ecosistema del terreno y eliminar las acacias.

—Ah, ¿igual que se hace con las ortigas?

—Exacto, pero el procedimiento será mucho más complicado. Si te parece bien, en cuanto llegemos a tu casa, podemos hacer una excursión para recoger las primeras muestras. Todavía es pronto para la comida.

Orlando no respondió, pero sentía un leve malhumor extenderse desde el pecho y serpentearle por todo el cuerpo.

Condujo en silencio hasta la casa y, una vez descargado el equipaje, sugirió:

—¿No podríamos dar el paseo después de comer?

—¿Por qué? —preguntó ella sin entender—. Después de comer ya no tendremos ganas.

Él no contestó, pero abriendo la puerta de casa murmuró:

—Exacto.

Un poco después, mientras resbalaban por el terreno engañoso de los barrancos, salvando a duras penas la ropa de las espinas de acacias y zarzales, aliados contra el género humano abocado a morir de hambre, él pensaba con nostalgia en aquel agradable ratito, antes de la comida, con el que había fantaseado, ese momento perezoso y banal en el que se toma un vaso de vino y se comentan cuestiones intrascendentes, la salud, el tiempo, lo que se hace y lo que no se hace, saboreando anticipadamente las sorpresas que Placido estaría preparando. Sorpresas, cierto, porque Placido nunca daba información de lo que iba a cocinar. Un rato éste, de espera, que a Orlando le gustaba especialmente.

—Mira, coge de aquí una palada de tierra. —Se había detenido e indicaba un punto del terreno cubierto de hojas y raíces marchitas. Él la miró sin decir nada y sacó la pequeña pala que llevaba en la mochila, parte del equipo profesional.

En realidad, se había ofrecido únicamente por ser amable:

—Trae, que yo llevaré la pala. —Y ahora, allí estaba, cavando el terreno que, fatalmente húmedo y resbaladizo cuando caminabas por él, resultaba duro como una piedra en cuanto percibía el filo de la herramienta.

Hacía años que no se veían, cierto, pero él no recordaba a su amiga así, tan..., ¿cómo decirlo?, tan ofuscada en su batalla contra las acacias.

—¿Estás segura —le preguntó irguiendo la espalda dolorida— de que somos nosotros los responsables de reordenar el reino vegetal? —Y la miraba, por decirlo suavemente, algo irritado.

—Alguien tiene que hacerlo. Todos deberíamos aportar nuestro granito de arena a la recuperación de la naturaleza. Si todos hiciéramos algo, en vez de naufragar, el planeta mejoraría mucho.

—Yo siempre arranco las ortigas del jardín —contestó él vehemente— y, además, para que lo sepas, a mí las acacias no me han hecho nada. Al menos hasta hace unos minutos —añadió observándose un largo arañazo en el antebrazo.

LA ORUGA DEL TILO

Un poco más tarde, duchados y cambiados de ropa, se sentaron a la sombra fresca en la fonda de Placido paladeando un vino blanco, ácido y burbujeante. Y la vida ya tenía otra cara.

Placido, muy misterioso, no había salido de la cocina más que para llevar a la mesa la botella empañada y fría. No se había mostrado nunca tan esquivo.

—Comida vegetariana —murmuró disimulando, mientras servía una bandeja surtida de apio, lechuga, tomates y rábanos dispuestos por separado formando un precioso *bouquet*. Pero al fondo, en la cocina, se oía chisporrotear el aceite.

Mientras se comían las hortalizas aliñadas, por fin resarcidos de las penurias previas, hacían pronósticos sobre el menú; él oponiendo a las dudas de ella una inquebrantable fe en las manos de Placido. Todo lo loco que quieras. Extravagante, por decirlo de otra forma. Pero un cocinero excelente.

El aroma del primer plato caliente que llegó a la mesa enseguida colmó sus expectativas: recubierta de una crujiente capa de harina perfumada con canela, una tierna pulpa de delicado sabor.

—Pencas de acelga, señora —respondió Placido a la muda pregunta de ella.

—¿Acelgas? —Ambos se miraron con sorpresa alargando la mano hacia la bandeja recién servida. Pero Placido ya se había esfumado.

Reapareció al poco, renqueando con su pierna coja, con una montaña de humeantes *fagottini*. Esa vez no hubo necesidad de dar explicaciones: el perfume inconfundible anunciaba la presencia del boletus de hayedo.

Pero volvió a hacerlos dudar con el siguiente plato: unas albondiguillas verdes que olían a queso y nuez moscada. Placido soltó la bandeja sobre el mantel y se quedó mirándolos con una sonrisa burlona. Con las manos apoyadas en la mesa, daba la impresión de ser un general que contempla la maqueta de una batalla. Perdida, por supuesto. Al fin, para satisfacer su curiosidad, les dijo:

—Albóndigas de ortiga.

Después de una ligera ensalada de achicoria con hojas y flores de capuchina y verdolaga, llegó el último éxito de su fritura: largas hojas de borraja rebozadas alrededor de una pequeña pirámide de *amaretti* al ron, envueltos en una oblea y fritos, naturalmente.

—Ésta era la comida de los días de fiesta de los pobres de estas montañas en los viejos tiempos, cuando había setas por todas partes y plantas silvestres que nadie quería comprar —les contó Placido mientras servía un poco más de vino en los vasos.

Era muy agradable la hora de la siesta en la terraza de la casa, bajo las frondosas ramas del tilo que se extendían sobre ellos, abrumados por el perfume dulce de las flores, cuya sombra inquieta y accidentada precedía a la otra, compacta y fría, que llegaba con la caída del sol. En aquel suave discurrir, Orlando miraba la luz que se filtraba entre las hojas del árbol y ya saboreaba los sutiles placeres de la manicura. Como un juego, nada más.

Ella primero le cortaría las uñas con las tijeritas curvadas y afiladas, y la mera idea de sus manos abandonadas al arbitrio inexistente y aun así real de la punta afilada le prometía un largo escalofrío durante el mullido sopor de la siesta. Después, con la lima, le repasaría todos los bordes de las uñas, uno por uno, eliminando asperezas y pieles secas, acariciándole las yemas de los dedos, blandas y sensibles... Sus manos pedían a gritos una manicura después del duro trabajo de pala de esa mañana entre las acacias y las zarzas del barranco.

—¿Qué es esto? ¿Una oruga? —gritó ella de repente. En la mano tenía un pequeño gusano verde, del color de las hojas del tilo.

Él, arrancado bruscamente de su ensoñación, miró el gusano y asintió.

—Sí, parece una oruga. ¿Dónde la has encontrado?

—La tenía en el cuello. ¿Será venenosa?

—Pero ¡qué dices! Si sólo es una oruga.

Se equivocaba. No era una oruga cualquiera. Era la famosa oruga del tilo. Un minúsculo animal insignificante, pero que de cerca era muy peligroso, ya que expulsaba un líquido ulceroso que, por breve que fuera su contacto con la piel humana, producía una irritación que se iba haciendo cada vez más intensa hasta alcanzar el dolor propio de una llaga, plagando de úlceras la carne infectada. La oruga del tilo: su poder maléfico se multiplica por el hecho de que la víctima, habitualmente, no se da cuenta enseguida del fatídico contacto, porque el insecto es pequeño, blando y liviano. Tampoco la úlcera se nota de inmediato. Y la víctima, ajena a todo, en vez de correr al médico, continúa tranquila tomándose su copita bajo el tilo, confiada bajo esa sombra perfumada de miel.

Cuando percibe el daño, por lo general, ya es tarde: el veneno ha penetrado tanto que ha convertido la ampolla en una llaga.

—Oruga del tilo —sentenció Placido cuando, llamado de urgencia a la casa rosa, vio la llaga—. Puedo aliviar momentáneamente el dolor —añadió, aplicando a la ampolla un emplasto de miga de pan mojada en leche fría—, pero es necesario que vaya a un médico, pues de lo contrario la úlcera se extenderá.

El médico observó la llaga, dijo que era excepcional ver algo así. Añadió otras cosas, recetó inyecciones y una medicina para la fiebre, que le subiría sobre todo al final de la tarde.

Y así fue, de hecho.

Pasaron el resto del día taciturnos: ella, en cama, con un paño húmedo en la frente; él, dando tumbos por la casa, fumando, mirando el sol terminar su largo recorrido veraniego. Sin manicura... por culpa de un gusano.

Al día siguiente ella quiso volver a su casa y él no intentó impedirlo. Lo miró con afectuosa tristeza y le dijo que no se encontraba a gusto en aquella casa, que sentía un rechazo instintivo... pero no por algo concreto, por supuesto. Y, desde luego, él no quiso sacar el tema de las *fuerzas*

adversas.

«A lo mejor —pensó él— es por la fiebre.»

La acompañó hasta la estación; la despedida fue lacónica, y luego él volvió a la casa rosa, solo.

Se detuvo a mirar el tilo, casi preguntándole ¿por qué?... También sentía el deseo de preguntarle a la casa por qué.

La miró largo rato, pensativo. Después, para huir del asalto de ideas raras, se acercó a la fonda de Placido.

EL GATO NEGRO

—Entonces ¿se ha marchado? —preguntó Placido, descorchando una botella de espumoso blanco.

Él lo observó atentamente antes de responder: quería ver si estaba ironizando. No, no bromeaba. No le pilló ni la más leve sonrisilla de sorna en los labios. ¡Extraño personaje este Placido! Estaba serio, casi triste.

—¿Tú qué piensas? —le preguntó Orlando.

—¿Que qué pienso? Pues que la oruga del tilo es un bicho terrible, que puede provocar llagas incurables si no se atienden como es debido. Es también muy misterioso porque hacía años y años que no se veía ninguna, tantos que uno se olvida de que existe, y luego, de repente, ¡toma ya!, aparece ahí y se te tira al cuello, sí, al cuello... Date cuenta, no a las manos o a la cara: al cuello, donde no la ves de inmediato, donde la piel es más fina y puede hacer más daño.

Orlando calló. No era la sabiduría entomológica de Placido lo que podía responder a su pregunta. Cuando le había preguntado qué pensaba, estaba seguro de que iba a aventurarse en otro de sus inquietantes laberintos repletos de hipótesis y sospechas, de explicaciones ilógicas y señales misteriosas. Eso era lo que él quería escuchar.

Sin embargo, Placido continuaba impertérrito su disertación sobre gusanos y orugas, sobre las diferentes especies y sus raras costumbres. Luego le dio algunos expertos consejos sobre cómo debía tratar la planta para liberarla del peligroso parásito. Por último, incluso le ofreció una infusión de tila que él declinó con desdén.

Entonces, y sólo entonces, se dignó responder la pregunta de él y le dijo:

—En definitiva, ¿por qué pasan estas cosas? Saberlo no lo sabemos, pero siempre hay una razón. También en esta historia de la oruga, por supuesto.

—¿Qué estás tratando de decirme? ¿Que nuestro bondadoso Dios utiliza las orugas con intenciones ocultas?

Placido lo miró atónito, con los ojos como platos; luego dijo con aire inocente:

—¿Y quién ha hablado del bondadoso Dios?

«Claramente, Placido se ha convertido en un viejo loco», pensaba mientras vagaba por el campo dejándose llevar por el paseo. Le gustaba mucho andar así, a buen paso pero al azar, y sus pies, como un sabio caballo habituado a antiguos senderos, lo llevaban por los lugares de su infancia sin utilizar la memoria, que sólo de tanto en tanto, casi como un despiste del noble animal, se sentía atraída por un arbusto, por un seto que le resultaba familiar, por una piedra.

¡Pobre Placido! Se había vuelto un viejo fanático, con sus señales, sus misterios, sus

sospechas. Certezas, como diría él. Lo mismo que la historia de la cuñada, que había matado a la maestra para asegurar la propiedad de la casa a su hijo, ése que después murió en un accidente de tráfico. Un delito inútil. Entonces ¿por qué?, ¿no iba a ser suya de todos modos aquella casa, puesto que era el único heredero?

Ya, pero estaba la historia de la hija desconocida de la maestra. Y quizá un testamento secreto.

Cierto. La maestra, que sustentó a su hija sin tener contacto directo con ella y sin jamás presentarse ante ella, que le dio estudios y procuró que no le faltara de nada, amándola en la sombra, si fue una madre tan solícita como lo fue la maestra, tuvo que intentar que su hija heredase la casa. Aquella casa que había salvado de las llamas y que quería tantísimo... ¿Cómo no lo había pensado antes?

Le vino a la memoria toda aquella ceniza que había descubierto en las habitaciones de la vieja, todos los libros quemados, el humo que salía por la chimenea incluso los días de verano y aquel vagar por la casa, por la noche, cuando él dormía en la salita... La vieja quería destruir el testamento y quizá lo había conseguido.

¡Por eso quemaba los libros! Pensaba que quizá estaba escondido en sus páginas.

Se detuvo en el sendero fulminado por esa idea. La vieja había continuado buscando y destruyendo incluso después de que su hijo, por el que había asesinado, hubiera muerto en el accidente. Aquella vieja estaba loca de remate.

¿Y la muerte de los mirlos? ¿Por qué aquella bruja los había matado? ¿Para alejarlo de allí? ¿Para que no descubriese sus búsquedas nocturnas, su obsesión, su locura?

De repente le dio una patada a una piedra para desahogarse de la súbita rabia que sentía. Y, con un movimiento reflejo, se miró la punta del zapato igual que cuando era niño comprobaba si se la había roto cada vez que daba patadas a las piedras. El calzado costaba muy caro, decía su madre.

Le vino a la memoria su primer par de zapatos nuevos, cuando empezó la escuela con tres días de retraso, y su aprensión por aquel retraso, el temor de que la maestra le preguntase por qué... La maestra y su madre, su madre que lo había acompañado a la escuela aquella mañana. Dos mujeres tan distintas. Las dos mujeres más importantes de su vida.

Agachó la cabeza y dio una patada a otra piedra sin mirar después si se había roto la punta del zapato.

Y Placido quería hacerlo creer... ¿Qué quería hacerlo creer?, ¿que la casa rechazaba a su hermano?, ¿que rechazaba a sus amigas?

¿Y por qué había comprado él la casa?, ¿o es que había sido ella, la casa, la que lo había capturado?

El rojo del crepúsculo lo rescató de sus pensamientos. El sol había desaparecido y su luz se reflejaba en las nubes que ocupaban una parte del cielo. ¿Dónde estaba el Este? Conocía de sobra aquellas tierras como para equivocarse. Sabía que el Este estaba a sus espaldas, y por eso el sol teñía el cielo frente a él. ¿Qué atardecer tan raro era ése?

Se detuvo en el sendero para admirar el curioso efecto: por un capricho de las nubes densas que había al Oeste, el sol del atardecer enrojecía el cielo por el lado por el que había salido, como si oriente y occidente hubieran intercambiado sus habituales y antiquísimos lugares.

Fue contra aquella luz rosada donde vio algo dibujarse en el camino: un gato negro sentado en

las patas traseras.

—¿Tú qué haces ahí? —le preguntó irritado.

El gato, por toda respuesta, lo miró con curiosidad. Era un gato pequeño, muy joven y gracioso. Pero era negro.

Sin querer darle importancia al encuentro se dio media vuelta y desanduvo un tramo del camino; en el primer cruce giró a la derecha, decidido a volver a casa por otro lado. Y se rio de sí mismo. ¿Qué más daba dar cuatro pasos más? Había salido a caminar, ¿no? Y continuó su paseo por esos senderos que sus pies conocían desde siempre.

Se reía de sí mismo. Él, cargado de argumentos racionales, él, que para cada decisión de su vida había seguido siempre un criterio lógico, él..., sin embargo, ¿qué había hecho? Había cambiado su ruta por un gato negro.

Apretó el paso porque oscurecía. Alcanzó un cruce y frenó sus pies, que iban a tomar hacia la derecha una vez más. «¿Adónde voy? —pensó—. Si quiero llegar a casa, debo ir hacia la izquierda.»

Y echó a andar hacia la izquierda.

En el camino volvió a encontrarse con el gato, que todavía estaba allí, como si lo esperase.

Le vino a la cabeza Edipo en la calzada de Tebas y se detuvo. ¿Qué significaba aquella historia? ¿Por qué estaba allí el gato todavía? ¿Por qué había acabado por regresar al mismo sendero?

«Quizá no hay otro camino», pensó. Pero bien sabía que los gatos son muy perezosos y sólo se mueven si tienen un motivo concreto. Sin embargo, aquél no se movía. No pudo evitar pensar en Placido y en sus señales.

«Tonterías —se dijo—: este lugar siempre ha estado lleno de gatos, y la mitad de los gatos del mundo son negros.» Aunque sabía perfectamente que no era verdad, no quería dejarse llevar por el miedo. Por otra parte, estaba claro que volver atrás no serviría de nada, pues terminaría de nuevo, fatalmente, en aquel punto. Además, estaba oscureciendo y quería llegar a casa.

Miró el gato y el gato lo miró a él.

—Con permiso —dijo, decidido, rozándolo al adelantarlo. El gato, con su actitud aparentemente desinteresada, empezó a seguirlo. Después de acompañar durante un buen rato los pasos del hombre, lo alcanzó y se restregó cariñoso por sus pantalones.

Él apretó el paso con la determinación de llegar a casa lo antes posible y perder de vista el gato. Pero éste, siempre con el aire indiferente de quien está allí por casualidad, continuaba siguiéndolo. De hecho, cada poco se lo encontraba delante y, en la penumbra del sendero, estuvo a punto varias veces de tropezar con su pequeño cuerpo.

—¿Quieres hacerme el favor de irte? —le dijo sin convicción y sin el tono necesario para ahuyentar a cualquier animal sensato.

El gato, sin embargo, por toda respuesta, metió la cabeza por la pernera del pantalón y se restregó contra su pierna derecha.

Orlando suspiró y delicadamente se liberó del animalillo para poder seguir caminando.

Alcanzó la casa cuando prácticamente era noche cerrada. Abrió la puerta y se volvió a mirar. El gato estaba sentado muy dignamente sobre las patas traseras, quieto en el umbral.

—¿Tienes hambre? —le preguntó—. Entonces, pasa, entra.

EL NIÑO DEL ÁRBOL

Se había comprado una pipa y, sentado en la terraza a la sombra del tilo, trataba en vano de encenderla. Había ordenado en la mesita de mimbre todos los accesorios: bolsa de tabaco, limpiapipas y el hornillo que, quizá demasiado cargado de tabaco, no quería tirar. ¿Por qué la había comprado? Lo cierto es que le habían dicho que con la pipa fumaría menos y se divertiría más.

No se divertía en absoluto. Estaba a punto de perder la paciencia y tirarlo todo a la basura cuando escuchó una voz urgente y quejumbrosa que venía de las ramas del tilo.

—¡Eh, señor, señor, ayúdeme a bajar de aquí! Yo solo no me atrevo.

Miró hacia arriba, al tilo, y no vio nada. Mejor dicho, sí: vio las hojas temblorosas en una de las ramas altas, como si alguien por detrás las agitase. Entonces, las ramas se apartaron y en el espacio verde y vacío asomó una carita que, con unos grandes ojos negros abiertos de par en par, gritó:

—¡Cójame, que tengo miedo!

—¡No te muevas de ahí! —gritó Orlando asustado de ver al niño en el extremo de una rama joven que no parecía muy resistente—. ¡No te muevas, subo enseguida!

Era un decir. ¿Cómo iba a hacer para trepar por aquel tronco liso, después de tantos años?... Tiempo atrás no habría dudado: un árbol era para él como un cuerpo, sin misterios, sabía bien cómo abrazarlo y hacerse con él. Pero ahora...

—Estate quieto, subo a por ti —le dijo levantando una mano con la palma abierta, con el gesto que se utiliza para detener a alguien.

Se agarró a una rama que llegaba hasta la terraza, trepó con los pies por el tronco hasta engancharse con las piernas a la axila, y se subió con una maniobra que creía olvidada desde la infancia. Lo peor estaba hecho. Ahora tenía que seguir hasta donde estaba el niño. Un juego. Pero ¿cómo iba a llegar hasta la punta? La rama que sostenía al pequeño no tendría fuerza para soportarlo a él. Se sentó a horcajadas en la rama y vio al niño inmóvil en el extremo.

—¡Eh! Arrástrate hacia atrás despacito sin darte la vuelta, que yo te agarro.

El niño obedeció, y poco después Orlando lo tenía gimoteando a su lado. Lo cogió en brazos y el crío se le aferró al cuello, y así descendieron: el hombre, de rama en rama; el niño, bien sujeto con los brazos a su cuello. Llegaron a la terraza y Orlando exclamó:

—¡Ay, qué sofoco!

Y el niño dijo:

—¡Ay, qué miedo!

—¿Qué estabas haciendo allí?

Se sentaron en dos hamacas a recuperar el aliento.

—Subí a ver las flores.

—¿Las flores del tilo?

—Sí. Y luego he visto que era muy fácil y divertido seguir subiendo, y he continuado hasta lo más alto.

—¿Y por qué te interesan tanto las flores del tilo?

—Tenía que comprobar si son tan pequeñitas y feas.

—¿Lo son?

—Sí. Pero tienen perfume. En cambio, las margaritas son preciosas, con sus pétalos blancos, con el botón amarillo grande, grande, pero no huelen a nada. ¿Sabes? —dijo acercándose con su asiento al hombre como para confiarle un secreto—, la maestra nos ha explicado que hace muchos, muchos años... quizá millones, las flores de las plantas desprendían su aroma para atraer a los insectos que a ellas, a las flores, les servían para que el polen viajase a otras flores en sus patitas, y así se hacía una cosa que era muy importante, pero que no recuerdo ahora qué era. Da lo mismo. Entonces todas las flores querían vestirse con cualquier cosa que atrajese a los insectos: las rosas se ponían pétalos rojos, también las amapolas, las campanillas y muchas otras. Las margaritas, que de color sólo tenían el botón central amarillo, se pusieron pétalos blancos para ser las flores más bonitas del prado, donde son todas amarillas. Después se dieron cuenta de que no tenían aroma, entonces se pusieron más pétalos y, después, todavía más, hasta que tuvieron una preciosa corona alrededor. En ese momento, las flores del tilo se preocuparon, porque vieron que los insectos preferían las margaritas. Se miraron y pensaron que eran muy feas. Pero, como estaban muy alto, no encontraban nada bonito que ponerse, y por eso estaban muy tristes y se echaron a llorar. A la primera lágrima que derramaron, como por arte de magia, ¡chas!, todos los insectos volaron hacia el árbol para bebérsela porque era dulce y perfumada, así que ya no tenían ninguna necesidad de ser bonitas, pues los insectos se acercaban a ellas atraídos también por su delicado perfume.

—Muy bonita tu historia. Pero, hablando de insectos, ¡debes de estar lleno de orugas! ¡Y yo también!

—¿Orugas? No he visto ninguna. Sólo alguna araña y hormigas.

—No es posible, el tilo está lleno de orugas —rebatío él, examinando atentamente el cuello y los brazos del niño—, orugas venenosísimas.

No encontró nada, y el niño le dijo riéndose:

—¡Venga, va, ahora dame algo de merendar!

—¿Merendar? ¡Ah, sí! ¿Qué sueles tomar de merienda? ¿Pan y mermelada? Mermelada no tengo.

—¿Y pan con salami? —preguntó el pequeño abriendo los ojos con glotonería.

—Salami, sí. Vamos a la cocina.

Orlando se puso a cortar rodajas de salami pensando aún en las orugas del tilo.

¿Era posible que el insecto invasor hubiera desaparecido por sí solo, como por encantamiento? ¿Precisamente ahora que había decidido hacer debajo del árbol unas fogatas de paja húmeda, humeantes y pestilentes, para acabar con esa plaga horrorosa? Volvió a examinarse a sí mismo y al niño, le miró también la cabeza, hurgando con los dedos en los mechones de cabello

rubio, mientras el pequeño lo miraba con ojos divertidos y le decía:

—¡Venga, va! Que no hay orugas ni gusanos en el tilo, ¿o crees que no me habría dado cuenta?

Tuvo que convencerse. No había ninguna oruga. Continuó preparando la merienda: tres panecillos redondos y tiernos con un montón de lonchas de salami.

—Vente, vamos al porche. Dos son para ti y uno para mí. —Mientras comían miró al niño con curiosidad—. ¿De dónde eres?

—Vivo en la aldea de allí abajo —respondió el niño—. Vengo muy a menudo a ver tu casa, me gusta mucho. ¿Qué hay en lo alto de la torre?

—Nada. No está terminada. Cuando esté acabada te dejaré subir a verla.

Entretanto, pensaba en la historia de la oruga venenosa y no conseguía darse una explicación.

«¡Ya!, como si se pudiese comprender todo lo que ocurre. Sobre todo, comprender nuestra propia razón, que quiere ir siempre por el mismo camino, como un cacharro teledirigido... Las razones son muchísimas, cada hombre, cada niño tiene las suyas. ¿Y las cosas? ¿Y si, como dice Placido, también las cosas tuvieran sus propias razones? Las ideas de Placido...», todo eso le pasó por la cabeza y sonrió.

—Qué bien preparas la merienda. Ahora tengo que irme, pero volveré otro día a verte —dijo el niño levantándose para regresar a su casa.

CONSIDERACIONES IMPROBABLES

Por fin consiguió encenderse la pipa y estaba tratando de experimentar algún placer con aquellas primeras bocanadas dulzonas, sentado en el porche, frente al tilo. Hacia éste, precisamente, dirigía sus ojos igual que se mira a un imputado. Previamente lo había examinado con atención: no había ni rastro de orugas, ni venenosas ni inocuas.

¿Entonces?

¿Cómo se explicaba la agresión que había hecho que su amiga saliera huyendo? «Siempre hay una razón para todo», había dicho Placido; pero ¿qué sabía Placido? Y, además, ¿qué razón?, ¿la misma que había espantado a su hermano?

Era como aceptar que la casa los había echado, que no los había querido, ni a su hermano ni a su amiga. En cambio, a aquel niño sí. Él tenía acceso libre a la casa. Había venido, se había subido al tilo a escondidas, ni una oruga, había merendado, ni un estornudo, y le parecía que había estado a sus anchas allí.

«Quizá vuelva —pensó echando el humo de la pipa y mirándolo absorto—. No me importaría que volviese. Pero ¿qué significa todo esto? ¿La casa escoge a sus invitados?»

En aquel momento se dio cuenta de que estaba acariciando el gato negro, que se le había subido al regazo. «Y éste —se dijo—... éste también ha sido aceptado. No se ha marchado desde aquella tarde que me lo encontré en el camino. Por cierto, no sé cómo voy a hacer cuando tenga que ir a la ciudad o estar fuera algunos días. Estoy viendo que me toca ir de acá para allá con un cesto portagatos, como las señoras mayores. Sólo faltaba eso... —refunfuñó—. O sea, el gato sí, pero una amiga no.»

Se quedó un momento pensativo y luego se dijo: «Voy a comprobar si es verdad que a esta casa no puedo traer a quien yo quiera».

Se levantó moviendo la cabeza. La pipa se había apagado y la dejó en la mesita, al lado del limpiapipas y los demás accesorios para fumar. Caminaba nervioso por el porche y miraba cada poco el tilo de reajo, casi con hastío. «Todo es culpa del fantasioso de Placido, con sus ideas alucinadas. Basta. No quiero ser como él. Para empezar, invitaré a una tropa de amigos a pasar un día en el campo y a merendar aquí, en esta casa, en este porche. Quiero ver si todos se caen por las escaleras o si los atacan las orugas.»

Se precipitó hacia el teléfono y con unas cuantas llamadas organizó un picnic para el domingo siguiente, el día de San Bartolomé. Cogió papel y lápiz e hizo una lista de las cosas que hacían falta. Platos y cubiertos tenía. Vasos, ¡ah!, necesitaba vasos. Los compraría en el colmado del pueblo, y también servilletas de papel. Bien. Vino tenía mucho. La comida: pan, salami, queso, hortalizas del huerto, tomates, apio, lechuga —por cierto, ni rastro de los topes, desaparecidos,

también ellos, misteriosamente. ¿Se habrían aliado con las orugas del tilo?—, rábanos, hinojo. Perfecto. Asimismo, hacía falta una empanada. Se la encargaría a Placido, que era un maestro. Y también una tarta rellena de fruta, pasas, nueces... Otra especialidad de Placido. Y, aprovechando la ocasión, lo invitaría también a él. Así podría constatar ante sus ojos que, si invitaba a alguien a su casa, no había ni una sola razón en el mundo por la que esa persona no pudiese ir. Se comprobaría al fin, todos iban a poder verlo, quién era el dueño de aquella casa, quién era el que escogía a los invitados.

Volvió a la tumbona en el porche y retomó la ceremonia de la pipa después de lanzar otra mirada severa al tilo y darle la espalda.

Caía la tarde y el cielo estaba saturado de esa melancólica luz de agosto que anuncia el final del verano. Los días se habían acortado sensiblemente.

«No he empezado aún a pintar —pensó abatido—. ¿Qué me pasa? Hace ya casi un año que compré la casa y todavía no sé por qué lo hice. De hecho, ni siquiera sé si fui yo quien decidió comprarla.»

EL MISTERIO DE LOS VASOS PINTADOS

El colmado del pueblo resultó estar peor surtido de lo que esperaba. Sobre todo, en lo que a vasos se refería, tanto fue así que tuvo que adquirir unas copas alargadas con un pie exageradamente fino. Eran las únicas de cristal no coloreado. Y no habrían estado del todo mal, pese a su desproporción, si una mano infame no hubiera pintado un fruto en cada una de ellas: una cereza, una pera, una ciruela, etcétera. Compró siete porque le gustaba el número siete y porque en casa ya tenía dos viejos y robustos vasos de cristal.

Aquellas copas fueron la causa de un suceso inquietante. Quizá fue porque uno de los invitados, un tal Lorenzo, al ir a sentarse a la mesa, dijo que quería la copa de la cereza, pero luego cambió de idea y pidió la de la ciruela, alegando que la ciruela iba mejor con el color azul de sus ojos.

Todos lo miraron y dijeron:

—Pero ¡si son castaños!

—Será por el reflejo del tilo —contestó el muy testarudo—. Mis ojos son azules y siempre lo han sido.

Se inició una disputa sobre el color de los ojos de Lorenzo en concreto y el color de los ojos en general, sobre su mutabilidad, sobre el significado, presunto o no, de los colores.

—Los ojos cambiantes son traicioneros —dijo alguien, quizá irritado por el propio Lorenzo, que continuaba cambiando de copa en busca de su predestinada—. Fijaos en Lorenzo, por ejemplo: cuando afirma una cosa con la boca, la desmiente con los ojos.

El acusado se ofendió, pero no desistió aún de seguir trasteando con las copas mientras los demás discutían, unos en defensa y otros en contra de Lorenzo. La calma llegó al fin cuando hizo acto de presencia Placido, con la enorme empanada, templada en su justo punto.

—¡Empanada al romero! —anunció mientras la ponía solemnemente sobre la mesa. Confirmando sus palabras, un delicioso aroma a hierbas se desplegó alrededor: una ramita de romero atravesaba la superficie ligeramente dorada del pastel. Se veían pedacitos en el relleno de ricota, jamón y parmesano, generosamente extendido sobre el hojaldre y horneado después. La llegada de Placido, mejor dicho, de la empanada, tuvo el poder de calmar los ánimos y desviar la atención de la disputa sobre el color de los ojos de Lorenzo hacia cuestiones gastronómicas más consistentes y pacíficas.

El anfitrión pudo por fin servir el vino para un primer brindis por la casa nueva. A los invitados se les reservaron las copas recién compradas, mientras que Orlando y Placido utilizaron los dos viejos vasos de cristal.

Y ahora viene lo curioso.

Apenas levantaron las copas para brindar, algunos quisieron chocarlas, sin fuerza ni malas intenciones, para intercambiar las típicas felicitaciones y elogios por la restauración de la casa, y estaban a punto de llevárselas a los labios cuando los pies de las copas, todos al mismo tiempo, se partieron.

Al ruido de cristales rotos le siguió un silencio de estupefacción. Los invitados miraron los restos de copa en sus manos, mientras el dueño de la casa y Placido se quedaron con los vasos en alto, inmóviles y desconcertados. Con un gran esfuerzo, Orlando se recompuso, y dijo:

—Si Lorenzo no las hubiera toqueteado tanto...

Pero Lorenzo no tuvo tiempo de responder, ni siquiera de ofenderse, porque en aquel momento a los dos viejos vasos de la casa, en las manos de aquellos dos hombres que los sostenían paralizados, con un crujido sutil, se les resquebrajó la corona.

No sé si un escalofrío recorrió a todos por la espalda. Al dueño de la casa, ciertamente sí. Miró a los demás con los ojos abiertos de par en par, y luego a Placido, como para pedirle una respuesta.

Placido se encogió de hombros.

Lorenzo, obviamente, fue eximido de cualquier sospecha: ni siquiera había tocado los dos vasos de la casa.

Al silencio consternado le siguió un ruidoso cruce de observaciones, explicaciones más o menos plausibles, incluso chistes, como siempre ocurre en las fiestas. La comida continuó con vasos de papel que alguien sacó del maletero de un coche y la alegría no se hizo esperar.

Sólo Orlando se había quedado sentado, pensativo, y respondía distraídamente a las palabras que le dirigían los amigos.

EL ROSAL

Hacía varios días que Placido no pasaba por la casa de la maestra, de manera que Orlando decidió acercarse a la fonda. Empujó la vieja puerta de cristal esmerilado; era una tarde de finales de agosto. Placido estaba solo, ocupado en limpiar el polvo a las jarritas para el vino alineadas en el aparador. Él se detuvo en la puerta y dijo en voz alta:

—¿Conque nunca tendré paz en mi casa?

Placido se volvió, lo miró sorprendido y siguió limpiando las jarras. Terminó cuidadosamente su trabajo y fue a sentarse a la mesa donde, mientras tanto, él también se había sentado. Traía en la mano una jarrita llena y sirvió el vino en dos vasos.

—¿A qué te refieres?

—¿Que a qué me refiero? Pero ¿es que no viste los vasos haciéndose añicos en el brindis? ¿Eso no significa nada?

Placido miró a través de su vaso de vino, haciéndolo girar en la mano, después levantó la vista hasta el rostro del hombre que se sentaba enfrente y le dijo:

—Yo no sé nada que no sepas también tú. Es cierto, ésa no es una casa cualquiera. Es una casa en la que se ha sufrido mucho. Y en la que alguien ha amado muchísimo.

—¿La maestra?

—Amado mucho y sufrido mucho. Y el amor no ha sido recompensado con la alegría, como debería ser. Esa casa exige una compensación.

Orlando miró a Placido en silencio, luego se echó las manos a la cabeza y murmuró:

—Dios mío, Dios mío, pero ¿en qué momento decidí comprarla?

Placido sonrió.

—¿Decidiste? ¿Estás seguro de que fuiste tú quien lo decidió?

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá no ha sido únicamente voluntad tuya. ¿Por qué la has comprado?, ¿lo sabes?

—¡Pues claro que lo sé! —respondió irritado—. La he comprado para ver si conseguía volver a trabajar, a pintar. Para ver si podía salir de este hastío en el que me encuentro desde hace años, de este vacío que me asfixia. Para volver a vivir, por eso la he comprado. Y ahora resulta que la casa es mi enemiga.

—¿Tu enemiga? ¡No! No es tu enemiga, de eso no tengas duda. Esa casa te quiere, como te ha querido siempre. Eres tú el que no ha sabido quererla, eres tú el que la abandonó y trató de olvidarla. Pero entonces tú eras un niño, no comprendías. Y ahora, no puedes pretender pagar tu deuda así, toda de golpe...

—Placido, tú no estás hablando de la casa, tú estás hablando de ella, de la maestra que vivió allí.

Placido se encogió de hombros.

—Quizá. Pero es lo mismo.

Se hizo un largo silencio. Pensativos, los dos hombres bebieron lentamente de sus vasos. Después, de repente, Orlando dijo:

—Tú la amabas.

Placido levantó despacio los ojos hacia su amigo y respondió:

—¿Y eso qué más da? Ese asunto era irrelevante tanto para ella como para mí. Nada.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? —le respondió con una sonrisa amarga—. ¿Quién era yo? Un don nadie. Y, encima, cojo. Cómo se nota que perteneces a otra época, que no entiendes estas cosas. Y, además, no era el amor de un hombre lo que ella necesitaba. Nunca volvería a amar a un hombre. Ella era así. Y en aquellos tiempos eso no era una excepción. Yo no he podido hacer nada más que asistir en silencio a su declive, a su tristeza.

Volvió a casa al atardecer, un atardecer sofocante, el cielo cubierto por una bruma gris, sin luz, sin pájaros, sin voces. Buscó refugio en el porche. Se sentó en la silla de paja de Viena, se acercó el caballete con la tela en la que un par de días antes había empezado a pintar el rosal silvestre. Lo miró con piedad y desprecio mientras encendía un cigarrillo: no era más que un pésimo esbozo. Feo no, quizá, pero sí insignificante. Insignificantes aquellas hojas perfectas, bien dibujadas, con el sombreado preciso, el volumen necesario.

Por suerte, las rosas todavía no las había dibujado, si no... quién sabe la pena que le habrían inspirado.

Tiró la colilla y abrió la paleta de los colores. Mezcló verde y negro, mojó la punta de un pequeño pincel, pero muy poco, y lo pasó, casi seco, horizontalmente por las hojas, sin borrarlas, aunque sí velándolas con una sombra oscura. La sequedad del pincel moderaba la rabia con la que lo utilizaba, como si la mano no quisiera destruir lo que había dibujado, sino expresar el deseo de destruirlo.

Encendió otro cigarrillo y contempló el trabajo con serenidad. Luego cogió un pincel limpio, lo mojó en un pegote color carmesí y dio pinceladas allí donde había dejado espacios para las flores, en el centro del rosal, con mucho color. Y luego, con el primer pincel, más generosamente empapado en aquel verde oscuro, extendió las manchas rojas, ampliándolas en circunferencias informes que adquirirían tonos violeta, azul, índigo, con un movimiento rotatorio en torno al centro de cada flor, que se ampliaba en espiral, sobreponiéndose al verde de las hojas e invadiéndolo, pero no del todo. Durante mucho rato, con paciencia.

Trabajaba con calma, agrandando cada vez más las flores en detrimento de las hojas, sopesando la cantidad de color, la profundidad de la pincelada, difuminando, casi arañando, dejando en el lienzo grumos de color y surcos espesos como en un bajorrelieve. Cuando soltó el pincel era casi de noche. La tarde había caído sin color y sin ruido, tristemente.

Colocó el caballete a resguardo porque le pareció que iba a llover. Llamó al gato y se metió en casa.

Cuando estuviera seca, pasaría sobre la pintura un velo gris para amortiguar los colores y las

formas, y difuminar las espirales que formaban las rosas con ligeras pinceladas horizontales, de manera que no quedara oculta la pasión de aquel primer impulso que había querido eliminar el dibujo perfecto, sino atenuada con los colores opacos de aquel crepúsculo sin luz.

EL CUARTETO DE BEETHOVEN

Era un cuarteto de cuerda en una interpretación que le gustaba en especial porque acentuaba la pasión del motivo, con sonidos duros, casi metálicos, llevándola al límite de la desesperación.

Estaba sentado en lo que, provisionalmente, mientras se terminaba la reforma de la torre, era su estudio: una habitación esquinada, no muy grande, con dos ventanas, al Sur y al Oeste, la más luminosa.

Pero llovía y la luz era escasa. Se había acercado al caballete y observaba el lienzo terminado. Sonrió con pena y pensó: «He pintado mi propia tristeza. Nunca había visto rosas más tristes». Encendió la pipa y se quedó sentado en la oscuridad creciente, con los ojos fijos en el cuadro y la mente atenta a la música. Los instrumentos acometían el cuarto movimiento. El tema musical se deshacía en sonidos estridentes que rozaban la disonancia en un abierto desafío a la armonía, casi simbolizando un sufrimiento que no conoce otro medio de expresión.

Para él, pintor, la música se extendía sobre una superficie plana, como sobre un lienzo, y era un fondo oscuro, incierto, entre el azul rabioso y el negro, en el que de tanto en tanto se abrían grietas de luz blanca, como fogonazos repentinos, ásperos, cortantes, privados de las sombras que convierten la luz en algo reconfortante.

Con cada frase las rasgaduras se hacían más frecuentes hasta que, por fin, la luz se imponía sobre el fondo oscuro, cada vez más deslumbrante, invadiendo todo el espacio con su radiante consistencia.

La música enmudeció de repente. Fue como el callar de un delirio.

Orlando miró la ventana mojada por la lluvia y le embargó un profundo pesar. «Esto es — pensó—, esto es mi vida: un cristal salpicado por la lluvia.» Miraba las gotas de agua resbalar rápidamente por el cristal, empañándolo. «Y, al otro lado, no hay nada.»

Se levantó para apagar el tocadiscos. Quitó el cuarteto de Beethoven. «Él también —pensó— convirtió en música su desesperación. Y estaba peor que yo.» Después sonrió por haberse comparado con Beethoven y sintió la necesidad de decirse: «No lo decía por la grandeza, sólo por el estado de ánimo». Llamaron a la puerta. Era Placido.

—He venido a verte. Con esta lluvia no viene nadie a la fonda. —Sacudió el paraguas y lo cerró.

—Has hecho bien. Estoy un poco desanimado... cada vez peor.

—Bueno, no me extraña, con este tiempo...

Entró en el estudio y contempló el rosal en el lienzo. Lo miró largo rato, como un entendido en

pintura.

—Ponle la pegatinita roja, que éste te lo compro yo.

—¿Lo compras? Pero ¿te gusta?

—¿Por qué haces preguntas absurdas? Sí, me gusta. Me recuerda a mí en los peores días. Quiero ponerlo en la fonda, para acordarme de cuando estoy triste en los días en que no lo estoy. Y cuando lo esté, acordarme de que también los malos momentos pasan. Así podrás verlo siempre que quieras y no te separarás del todo de él.

—Gracias, Placido. No por comprarlo, sino porque lo compras tú. No me habría gustado perderlo de vista. He pintado ahí uno de los peores momentos de mi vida.

—Eso salta a la vista. Pero al menos has pintado.

—Sí, he pintado —respondió pensativo—. Pero ¿ahora qué?, ¿y después?

—Pintarás otras cosas. No sólo hay rosales. Y entre tanto podrías hacer algo útil. ¿Qué te parecería preparar un poco de cena para los dos? La lluvia no tiene pinta de parar y no tengo ningunas ganas de volver a la fonda.

—Si te conformas con salami, queso y un poco de ensalada... Vamos, échame una mano en la cocina.

—Por cierto —dijo Placido, sacando un paquete del bolsillo de la chaqueta—, te he traído un par de vasos de la fonda. Puro vidrio barato, pero verás cómo aguantan hasta que se caigan al suelo.

Orlando lo miró suspicaz. «Este demonio de Placido —pensó— ya está otra vez, con estos vasos me trae a la cabeza... ¡Pero no! ¡Tonterías! No es posible. Ni siquiera llegó a tocarlos...»

—Gracias —respondió—. Qué buena idea, no me había acordado de comprar más. Habríamos tenido que beber en las tazas de café.

—Querido mío, será porque trabajo donde trabajo, pero lo de beber en las tazas de café no lo habría tolerado nunca. ¿Sabes qué? —añadió Placido mirando alrededor—, esta casa está un poco desnuda. Para empezar, tienes que comprar platos, vasos, manteles, todo lo necesario para una vida normal. También una cubertería. ¿No querrás acabar viviendo como un eremita aquí arriba, solo, con tus pensamientos y tus lienzos?

Sintió resurgir en él cierta suspicacia, pero no quiso mostrarla y respondió con sarcasmo:

—Gracias, eres muy amable intentando animarme. Pero ¿no te das cuenta de que, cada vez que invito a alguien, sucede algo que lo obliga a salir huyendo? Mi hermano se cayó por la escalera, y no se sabe ni cómo. La oruga del tilo atacó a mi amiga; a mis amigos les estallaron los vasos en la mano... por no hablar de los topes.

Había puesto en la mesa todo lo que la casa podía ofrecer para cenar y estaba sirviendo el vino en los vasos que había traído Placido.

Placido se rio, cogió su vaso y, poniéndose en pie, dijo:

—¡Venga, venga! No le des importancia a esos pequeños incidentes. Levántate y brindemos como Dios manda. Verás como los vasos no se rompen.

Él obedeció. Brindaron y bebieron. Nunca había visto a Placido así de contento.

—No está nada mal este salami. ¿De dónde es?

—Mi hermano —respondió Orlando, mordiendo una rodaja gruesa y tierna.

—¡Ah, el de la escalera! Te pareceré desconsiderado, pero me da la risa. ¿Cómo va la pierna? A su edad no es broma lo de romperse un hueso.

—Se ha recuperado muy bien. Incluso los médicos están sorprendidos.

—¿De verdad?

Le pareció que Placido sonreía misteriosamente, pero quizá fue una impresión suya. Placido siguió hablando.

—Se nota que en esta casa no se cocina nunca. No tiene olor. ¿Te acuerdas del olor de tu casa cuando eras pequeño? ¿El olor de la cocina de tu madre?

Era cierto: su casa no tenía un olor. Lo notaba incluso él cuando venía de fuera y siempre le encogía un poco el corazón. ¿El olor de su casa cuando era pequeño?, ¿de qué era?, ¿la menestra de su madre?, ¿el sofrito?, ¿un suflé en el horno? Era eso, por supuesto. Pero no sólo eso. Era el olor de la vida, de todo lo que se hacía, se decía y se sentía entre aquellas paredes.

—Placido, ¿cómo es que no te has casado nunca?

Aquella pregunta golpeó a Placido a traición. Que por qué no se había casado era una pregunta...

—Quizá porque nadie me regaló un par de vasos en el momento oportuno —dijo riéndose evasivamente—. Brindemos otra vez, que estas preguntas me ponen sentimental.

Brindaron sin ponerse de pie. Entre ellos no eran necesarias las formalidades.

—Por otra parte, sabes, no es tampoco por la pregunta. Quiero decir, no se trata de casarse o no —reflexionó Placido—, yo no me he casado, es cierto, pero... no sé cómo decírtelo. Deberías entenderlo mejor que yo, tú que has estudiado. Sin embargo, no me arrepiento de nada de mi vida.

—¿Quieres decir que tu casa sí tiene su propio olor?

—¡Vaya si lo tiene, es una fonda! —Y se rieron mientras Orlando volvía a llenar los vasos, que siguieron vaciándose y llenándose varias veces más, y todo lo que decían los hacía reír. Se rieron de los topos, de la oruga del tilo, de los vasos rotos. Se rieron incluso del pobre hermano y su caída por la escalera.

Cuando Orlando acompañó a Placido a la puerta para despedirlo, le dijo aún riéndose:

—¡Estate atento a no caerte tú ahora!

—¿Yo? —Placido lo miró de repente con mucha seriedad—. ¿No sabes que un cojo no se cae nunca?

Y prorrumpió en una carcajada.

Todavía lo oía reírse mientras se alejaba por el sendero hacia la calle.

La lluvia había parado. Miró el cielo y vio el manto lechoso de las nubes abrirse en varios puntos para dar paso a un claro de luna, inquieto y cambiante, con un movimiento continuo e incierto.

LOS ALQUEQUENJES

Soltó los alquequenjes en la vieja mesa que había colocado en el porche. Los había recogido en una de sus habituales caminatas por los montes cercanos, vagabundeos de ideas y pasos, que se revolvían en su cabeza y se interrumpían sólo de vez en cuando, al ver alguna flor, hoja o piedra que avivaban su fantasía. Había recogido seis o siete de aquellos frutos rojos vestidos de fiesta de las insólitas trepadoras que había en las fincas abandonadas de las colinas, y los miraba descansando en una de las sillas de paja vienesa.

—Por fin has vuelto. Te estaba esperando para la merienda. —¿De dónde salía aquel niño, el niño del tilo, con el gato en brazos?—. No sabía que tuvieras un gato. El otro día no lo vi.

—Es muy tímido. Cuando viene alguien que no conoce, se esconde, pero a la vez siguiente ya no tiene miedo. Vente, vamos a preparar la merienda.

Entraron juntos en la cocina. También el gato estaba interesado en aquella merienda, sobre todo por el salami. Ningún gato, ni siquiera el mejor alimentado y educado, es capaz de mostrarse indiferente al aroma del salami.

—¿No tienes los panecillos de la otra vez? —preguntó el niño.

—No. Hoy sólo tengo esta hogaza para hacer rebanadas. Tendrás que conformarte.

Sacaron afuera un plato de rebanadas de pan y lonchas de salami, y empezaron a comer sentados a la mesa del porche donde estaban los alquequenjes.

—¿Qué vas a hacer con esas cosas rojas?

—Quizá las pinte en un cuadro.

—¿Eres pintor? —preguntó el pequeño abriendo mucho los ojos.

—Sí.

—¿Y eres tú el que ha segado la hierba del prado?

—Sí. Estaba muy alta.

—¿Sabes lo que ha pasado mientras tú no estabas? Han venido los mirlos, una bandada de mirlos, a comerse los insectos que había en la hierba recién cortada. Son muy inteligentes ¿sabes?, esperan a que se corte la hierba y luego llegan ellos a comerse los insectos que ya no tienen donde esconderse. Entonces un grillo ha corrido a refugiarse aquí, en el porche. No me había dado cuenta de que lo perseguían los mirlos, creía que se había equivocado de camino y lo he sacado afuera. Y él ha hecho una voltereta y se ha vuelto para dentro.

—¿Una voltereta?

—Sí. Una verdadera voltereta impulsándose con la cabeza, para girarse más rápido y volver a cubierto. Entonces lo he puesto a salvo.

—¿Y dónde lo has puesto?

El niño pareció dudar. Después señaló la cafetera de hierro esmaltado que estaba en el poyete.

—Allí dentro.

—¿Y te parece que un grillo puede vivir ahí dentro? —le preguntó él, severo. El niño se encogió de hombros y no contestó—. Luego, cuando te vayas a casa, lo llevas hasta el camino, donde la hierba está alta. Y lo dejas libre.

—Si tú lo dices... —respondió el pequeño con desilusión.

Comieron durante un rato en silencio, luego Orlando le preguntó:

—¿Tus padres saben que estás aquí?

—¿Quieres decir mi madre? Sí, por la tarde, cuando vuelve, le cuento dónde he estado y lo que he hecho.

—¿Tu madre trabaja?

—Sí, en la fábrica de dulces.

—¿Y tu padre?

—Mi padre murió cuando yo era pequeño. No lo recuerdo.

—¿Y tú estás solo todo el día?

—¡No! Estoy con mi abuela. Pero por la tarde duerme, y entonces yo salgo un rato de paseo.

—¡Ah! —dijo él con alivio—. Pero no debes alejarte mucho: ésta ha de ser la distancia máxima, de aquí a la aldea hay casi un kilómetro.

—Ochocientos metros —precisó el niño—. He contado los pasos.

Contemplaba los frutos en la mesa mientras fumaba un cigarrillo después de la merienda. El niño jugaba con el gato en el prado.

Los reordenó con la mano encima de la rústica superficie de madera, llena de grietas y arañazos, testimonios del uso. Después, volvió a desordenarlos. Miraba con atención la película roja que cubría los frutos, repartidos entre las grietas, y pensaba, a saber por qué, en los restos de un naufragio entre las olas, en un mar agitado, poco amigable pero tampoco del todo enemigo: olas turbias de barro, lentas y largas, que te arrastran a su antojo, sin ahogarte. También las cosas se movían como arrastradas por ellas y de repente parecían reunirse para después separarse de nuevo, alejándose en las aguas.

¿Al capricho de las olas?, ¿o movidas por razones misteriosas? Sonrió pensando en Placido y en su teoría sobre las razones de las cosas.

El niño lo miraba, de pie al lado de la mesa.

—Tengo que volver a casa. Está oscureciendo. Me llevo el grillo al camino.

Lo vio alejarse seguido por el gato, que lo acompañaría hasta la calle asfaltada y luego se volvería. Hacía lo mismo con todo el mundo.

Se quedó callado mirando la escena mientras la tarde vibraba por el canto frenético de un grillo que parecía una banda de grillos, una escandalosa orquesta.

EL RETRATO

Se encontró los alquequenjes marchitos, reseco, en la mesa. Los había olvidado por completo y no había hecho nada con ellos. Estaba desconcertado con la presencia de aquel niño en su vida, aquel niño que había cogido la costumbre de ir a la casa rosa por las tardes a merendar con él. Precisamente él, que no tenía costumbre de merendar.

Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Se había resistido a la tentación de correr hasta Placido a preguntarle quién era. ¿Para qué? Era un niño como cualquier otro. ¿Cómo iba a explicarle a Placido que había algo en él que lo inquietaba? Además, si Placido supiera algo, lo habría tergiversado, como solía hacer, y él no habría sacado nada en claro.

Se pasó la noche insomne, cavilando sobre el niño, sobre su nombre, que no le había preguntado y que, de todas formas, no le habría revelado nada.

A la mañana siguiente, se acercó a la fonda, donde se confirmaron todas sus sospechas. Placido no sabía nada o fingía no saber nada. Sí, sabía vagamente algo de aquella joven viuda que se había ido a vivir a la aldea tras la muerte prematura de su marido... ¿A qué se dedicaba? No, no lo sabía. Pero a todas luces eran buena gente. La viuda se había visto obligada a trabajar en la fábrica de dulces. Sí, la veía pasar algunas veces cuando se acercaba al pueblo: una criatura encantadora.

—Una vez me dijiste que la maestra tenía una hija —preguntó Orlando casi sin respirar.

—Sí —respondió Placido, lacónico.

—Y entonces, ¿no podría ser...?

—¿Ser ella? Todo es posible en esta vida. Pero no lo sé. —Se quedó un rato callado y después añadió—: Nunca lo sabremos. La adoptó otra familia y le cambiaron el apellido. Y ese apellido no lo supo nunca nadie aquí en el pueblo. Y ella, por otra parte, seguro que no llegó a enterarse nunca de que era hija adoptiva. Así es como la maestra quiso que fuera.

Miraba los alquequenjes pasados y esperaba al niño. Quería preguntarle enseguida cómo se llamaba, no quería que se le olvidase. ¿Cómo podía haber descuidado algo así? Lo normal, lo primero que se le pregunta a un niño es cómo se llama, no tanto por saberlo, sino para que se sienta cómodo, para romper el hielo.

Ya no había orugas.

Durante la espera decidió pintar una acuarela de los alquequenjes ajados. Entró en casa a por papel de dibujo y de repente cayó en la cuenta de que había olvidado comprarlo. Buscó un poco por el salón y encontró un montón de documentos amarillentos en el cajón de un viejo mueble.

Documentos de escaso valor, de esos que en las familias se guardan por costumbre, sin ningún otro interés: facturas de compra de madera, vino y otras cosas. Le gustó el color de aquel papel grueso, manchado por el tiempo, con los bordes deslucidos, irregulares. Para no desperdiciar el tiempo de espera, decidió utilizar uno para pintar.

La elección fue acertada. Algunas manchas oscuras, acentuadas con la acuarela muy diluida, reprodujeron las vetas de la madera de la mesa antigua, pero parecían también las olas largas y densas de un mar turbio de fango, sobre el cual los frutos marchitos y reseco por el sol flotaban a la deriva, con el abandono indulgente de las cosas que saben que no pueden oponer resistencia a fuerzas muy superiores a ellas.

Trabajó toda la tarde y, hasta que las largas sombras del crepúsculo no invadieron el porche, no se dio cuenta de que ese día el niño no había aparecido.

¿Lo había estado esperando? No sabría decirlo. Lo cierto es que por dentro sentía una especie de descontento, quizá desilusión. Se levantó y, por hacer algo, volvió al saloncito a buscar en el cajón más papel envejecido para pintar acuarelas.

Entonces apareció el retrato.

Era una fotografía tamaño postal, amarillenta en las zonas claras y borrosa en las oscuras, con la pátina inconfundible de los retratos antiguos. Pero la reconoció de inmediato: era ella, la maestra. La reconoció a pesar de que el cabello parecía más claro, castaño, como difuminado en los contornos para dulcificarlos. Tampoco la boca era severa: incluso parecía sonreír.

Sí, sonreía con una sonrisa que él no le había conocido, e incluso los ojos, aclarados por el tiempo, parecían mirar a alguien... El peinado con ondas de su cabello corto, el vestido que caía con elegancia, el largo collar de perlas...

Aquella era la fotografía de una mujer que él no había conocido nunca. La miró largo rato mientras pensaba en lo que debía de haber ocurrido entre el momento de la fotografía y la época en la que él conoció a la maestra, aquello que había borrado de su rostro la despreocupación y la sonrisa, apagadas por el dolor, por la muerte. Aquella mujer había seguido amando toda su vida, pero sin alegría, sin la recompensa del afecto, sin recibir nada a cambio.

Él también, con su desconsideración infantil, sumó una parte de pena a la vida de aquella mujer a quien, sin embargo, había querido tanto.

LA CALABAZA ROBADA

«¿Cómo es que no viniste ayer?», estuvo a punto de preguntarle en cuanto lo vio aparecer por la puerta. Pero se tragó las palabras de golpe, mientras caía en la cuenta, con estupor, de lo importante que era para él aquel niño.

—¿Cómo te llamas? —preguntó en cambio.

—Seppe, pero si quieres me puedes llamar también Seppino o Pino.

—¡Cuántos nombres! Sería mejor decir que te llamas Giuseppe —observó él.

—Sí, pero a mamá no le gusta. ¿Dónde está el gato? —dijo mirando alrededor—. ¡Oh, mira! ¡Está en las lechugas! ¿Por qué lo dejas entrar al huerto? Destroza todas las lechugas y después no se las come.

—Tienes razón. Soy un pésimo adiestrador. Piensa que ni siquiera le he puesto un nombre.

—Podemos llamarlo Alcibíades, es el nombre de uno que hemos estudiado en clase.

—Alcibíades está bien. Pero ¿y si es una hembra?

—Alcibíades le queda muy bien también a una hembra: termina en e. Oye, ¿me haces un favor?

—Por supuesto —respondió él, maravillándose por aquella pregunta. Y entonces reparó en que el niño, con las manos detrás de la espalda, escondía algo.

—¿Me guardas esta calabaza? —Y le mostró una preciosa calabaza redonda con la corteza cobriza.

—¿Una calabaza! ¿De dónde la has sacado?

—La tienes que esconder —continuó el niño con aire misterioso— que no la vea nadie, sobre todo mi madre, porque —añadió, acercando la boca al oído del hombre con un susurro casi inaudible— la he robado.

—¿Y por qué has robado una calabaza?

—Porque me ha gustado muchísimo. ¡Mira qué bonita es! Si quieres te dejo que la pintes en un cuadro.

—Sí, es verdad. Pero, si quieres, la cortamos en rodajas y te la frío en la sartén. Me salen muy ricas las frituras.

No era cierto en absoluto, pero se le había ocurrido que quizá era el momento de utilizar una de las sartenes que había comprado.

—¿Cortarla y comerla? Pero si la he robado precisamente para que nadie se la coma. No se te ocurra ponerle una mano encima. La escondes en tu casa y cuando yo venga me dejas verla. Y si quieres, puedes pintarla en un cuadro.

—Creía que las calabazas se comían —objetó él débilmente.

—Las otras, ésta no porque es mía y es demasiado bonita.

—Como quieras —respondió Orlando, cogiendo la calabaza y entrando en la casa para esconderla seguido por el niño—. ¿Aquí en el estudio te parece bien?

—Estupendo. Y recuerda no tocarla mucho, se podría abollar.

El niño lo miraba con los ojos tan serios que él no pudo hacer menos que observarlo. Había una sombra de amenaza, que desapareció de inmediato, y el hombre vio el trazo de la ceja relajarse y volver a una curva que le resultó familiar: «Los ojos de la maestra», pensó.

—Por lo general yo no robo, ¿sabes? —dijo el niño—, pero la calabaza estaba abandonada sobre el murete de un huerto y quizá querían tirarla, así que la he puesto a salvo.

—Me gustaría saber qué diría tu madre de todo esto. —El niño se encogió de hombros—. ¿Es muy severa?

—No. Casi siempre nos divertimos mucho cuando estamos juntos. Pero esto de la calabaza no me lo perdonaría nunca. ¿Ese dibujo es tuyo?

—Sí —respondió Orlando mirándolo con sorpresa—. Es un dibujo que hice para la escuela. ¿De dónde lo has sacado?

—De ese cajón. ¿Qué significa?

—Esto —dijo Orlando, cogiendo el dibujo y mirándolo atentamente— es un detalle de una pintura que nos pusieron para que la copiásemos en el examen de dibujo. Es un fresco de Miguel Ángel, de la Capilla Sixtina.

—¿Y qué representa?

—La creación del hombre. ¿Ves? Esta es la cabeza de Adán, a quien Dios hizo de arcilla, como una escultura de barro. Y en este momento se acerca a él volando y lo roza con el dedo para darle la vida.

El pequeño miraba atento.

—Pero ese Adán tiene cabeza de mujer.

—Es posible, pero eso es lo de menos. Es un ser humano: que sea un hombre o una mujer es irrelevante. ¿Ves? Es el contacto del dedo del hombre con el dedo de Dios. De ese contacto surge todo: la estatua de barro cobra vida.

—Pero los dedos, aquí, en el dibujo, no se tocan. Adán está retirando el dedo, como si tuviera miedo.

—Es posible que tenga miedo. ¿No ves que está todavía medio dormido, un poco aturdido? Es como si se hubiera despertado de repente, llamado por la vida, algo que él no conoce todavía y que puede hacerle sufrir. Tiene miedo y quizá prefiere volver a dormirse o seguir siendo de barro.

«Seguir siendo de barro —pensaba Orlando— o seguir en el limbo de la existencia, como yo, como tantos otros que no tienen el valor de vivir... y envejecen con el corazón vacío.»

—Por cierto —dijo volviéndose de pronto hacia el niño, que todavía estaba mirando el dibujo—, yo también quiero pedirte un favor. ¿Cuidarías del gato si tuviera que estar fuera algunos días?

—¡Con mucho gusto! —exclamó el niño, emocionado con la idea de hacerse cargo del gatito.

Pero ¿cómo se le había pasado por la cabeza pedirle una cosa así? Si no tenía ningún viaje previsto. La pregunta le había salido sin más ni más, sin pensar.

EN LA ESTACIÓN

Faltaba una media hora para que el tren a Génova llegase. Allí cogería el rápido a Venecia. Placido lo había llevado a la estación con la furgoneta y se había vuelto enseguida para abrir la fonda. Le tocaba, pues, esperar, entre la neblina helada de la mañana, paseando arriba y abajo por los andenes brillantes e impregnándose de la humedad de la noche. Había dejado en el suelo la maleta y el caballete plegado y cubierto con una funda de plástico.

Cuando esperaba el tren en la estación del pueblo, tenía la costumbre de entretenerse mirando las plantas que brotaban entre las vías. Sobre todo, los brotes de berza. Vete a saber por qué, se preguntaba, entre las vías del tren, de manera especial en las estaciones de pueblo, salían tantas berzas. Y eran precisamente berzas, no había ningún género de duda. Las delataban claramente las hojas de un azul grisáceo dispersas por el paisaje ferroviario. Hasta allí debían de llegar volando las semillas desde los huertos cercanos. ¿Habría también berzas entre las vías de la estación de Génova?

Y él, en definitiva, ¿para qué iba a Venecia? ¿Estaba totalmente seguro de querer volver allí? De acuerdo, amaba Venecia, ¿cómo no iba a amarla?

Aquella mañana fría y húmeda, aguardando el tren regional para Génova, le asaltó la sospecha de que no viajaba para ver de nuevo Venecia, sino por algún otro motivo que ni siquiera quería saber, aunque en el fondo lo sabía: huía de algo. Aquello era una huida.

Al poco se dio cuenta de que estaba harto de contar berzas en las vías. Dejó el equipaje en el andén, entró en la estación y, atravesándola hasta la salida, se asomó a la plazuela donde estaba situada. Contrariamente a como suele ser la disposición en los pueblos de montaña, la estación estaba en el lugar más céntrico del núcleo urbano, que había crecido en el fondo de un valle, a orillas del río. Y en paralelo, se había construido el ferrocarril.

Miró la plaza todavía desierta a aquella hora tan temprana, los plátanos borrosos por la niebla, las siluetas de los niños que se dirigían al colegio. El chaval del panadero pasó en bicicleta con la cesta del pan para el hostel que había junto a la estación. El sol se abría paso despacio entre la penumbra matutina.

Un pequeño utilitario llegó y aparcó justo delante: se bajó Seppe con la cartera a la espalda. Su madre iba con él. Orlando se quedó inmóvil, medio oculto tras la puerta de la estación y quizá ni siquiera lo habría saludado de no ser porque el niño ya lo había visto y corría a su encuentro. ¿Cómo no iba a ver a la única persona parada en la puerta, con toda la pinta de un viajero esperando un tren?

—Ella es mi madre —dijo el niño. Y puesto que el horario de la escuela aún lo permitía, entraron los tres en la estación, adonde el tren a Génova estaba llegando. El niño lo ayudó con el

caballete a subir al vagón. Su madre dijo sonriente:

—¡Buen viaje! Cuidaremos del gato.

Agitaban el brazo los dos mientras el tren se alejaba. También él, asomado a la ventanilla, se despedía con la mano, un gesto nada habitual porque normalmente nadie iba a despedirlo a la estación.

Dejó el brazo fuera mucho rato, incluso después de que la primera curva ocultase al niño y a su madre. No se sentó hasta que el primer túnel engulló el tren en su húmeda oscuridad. No se percató de ello, pero aún sonreía pensando en el encuentro inesperado y en la insólita aventura de que alguien lo acompañara al tren y lo despediese con la mano.

«A fin de cuentas, sólo voy a Venecia», se sorprendió pensando. Abrió el periódico de la mañana, pero en ese momento el tren salió del túnel adentrándose en los bosques de acacias y castaños, verdísimos por las lluvias recientes, salpicados por los huertos rebosantes de dalias y zinnias. «Ésta es su época —pensó, asombrado de no haber reparado en ellas antes—, igual que la de las diferentes flores de aster.» Los macizos morados de las que llamaban *settembrini* se alternaban con otras de colores llamativos y contrastaban con ellas su color de sombra y melancolía. Conocía el valle palmo a palmo ahora y se maravillaba al contemplarlo como si lo viese por primera vez.

¿O quizá era el efecto del sol que se abría paso entre la niebla y confería al paisaje aquel relieve inusual que lo hechizaba?

Una vez a bordo del tren rápido a Venecia, recorriendo la inmensa llanura otoñal, le encogió el corazón un raro desasosiego, y el viaje, que hasta aquel momento había vivido como una aventura, empezó a parecerle cada vez más una huida. Una fuga inútil.

¿De quién?, ¿de aquella casa que no conseguía sentir suya? Quizá, mejor dicho, de aquel entramado de vínculos que percibía en la casa y que, muy a su pesar o independientemente de su voluntad, lo ataban a ella.

Mientras miraba por la ventanilla los huertos sombríos en aquella tarde otoñal, sentía dentro una extraña inquietud por ese viaje y una añoranza afectuosa por el niño del tilo, las meriendas de pan y salami, las manos que lo despedían en la diminuta estación del pueblo. «Sólo voy a Venecia —se repetía a modo de consuelo— y puedo volver cuando quiera.»

VENECIA

¿Cómo había acabado en aquella zona desolada a las afueras, en dirección al Tronchetto, detrás de la gran plaza de Roma, en uno de esos rincones carentes del antiguo encanto veneciano? Llevaba dos días paseando por la ciudad, reencontrándose con lugares muy queridos, perdido entre la masa de turistas del otoño y, a veces, dejándose arrastrar por el tráfico constante de personas. Habían pasado ante sus ojos todas las maravillas del lugar, las que todo el mundo conoce y busca; habían pasado como por una placa fotográfica, que ve y retiene las imágenes, pero en la que nada se mueve.

Después decidió alejarse de las rutas más trilladas para huir del gentío y se internó por calles desconocidas, desiertas, igual que, errante, se aventuraba por los montes, dejándose llevar por sus pasos, mirando y fantaseando, pensando en sus cosas. Y así fue a dar con aquella zona de viejas casas altas y estrechas, de esa belleza modesta que en los edificios modestos se atribuye a la antigüedad, al rastro de una existencia pasada, al incoherente testamento de colores a los que el tiempo les ha concedido esa pátina homogénea, color ocre desvaído, descolorida por el sol y manchada por la lluvia.

Podría incluso pensarse que no era Venecia de no ser por la estrechez de las calles, el apretujarse afanoso y casual de las casas y, esto sí que era del todo veneciano, el tiro de las chimeneas, largas y esbeltas, que coronaban los tejados planos en una multitud dispersa y desordenada.

El río fluía manso y silencioso, y el agua densa reflejaba el color amarillento del cielo nublado, un ocre intenso y oscuro, pero de contrastes muy acentuados, con cortes nítidos entre luces y sombras en los reflejos de las casas, de las ventanas, de los habituales atascos en las *fondamenta*.^[1] Distinguió, entre las muchas formas que se reflejaban en el agua inmóvil, una mancha clara, casi blanca, en limpio contraste con la oscuridad de una callejuela estrechísima que cortaba la hilera de fachadas como una grieta, una herida de sombra negra apenas iluminada por un rayo de luz filtrado quién sabe por dónde.

Adivinó la nube blanca suspendida sobre el tejado, en el cielo pálidamente iluminado por el sol de la tarde, asediada ya por la penumbra.

Montó el caballete y esbozó en el lienzo aquella Venecia pobre y triste, ajena a cualquier pompa, en la que ni siquiera el sol regalaba algo de luz. El silencio era el mismo que en sus colinas. Y también la soledad. No pasaba nadie.

Pero no estaba triste.

Volvió a la mañana siguiente. La humedad de la noche había mojado el pavimento y flotaba

aún en el aire como una niebla azulada. Encontró el mismo lugar, montó el caballete y se sentó en un escalón a observar. La tenue claridad de la tarde anterior había cambiado, el velo de niebla enfriaba los colores de la fachada y los teñía de un gris levemente azul que, reflejado en las aguas, resultaba aún más frío. Los contornos y colores se desdibujaban, y las casas emergían de la niebla como espectros, desapareciendo de vez en cuando, engullidas por la masa de aire sin transparencia. No había luz ni siquiera en el agua, sólo marcada por sombras azul oscuro, casi negras.

Colocó en el caballete un lienzo nuevo para pintar el frío, el lento despertar de la vida en aquella mañana de octubre sin cielo.

Trabajó un buen rato con rapidez, quizá porque el frío le traspasaba la ropa todavía estival y le congelaba la mano del pincel. Miraba poco el modelo, las fachadas de las casas, la callejuela, lo mismo que había dibujado la tarde anterior y que ahora rehacía de memoria, sólo que más difuminado, como reduciendo todo a apariciones sin volumen, fantasmas entre la niebla azul.

De repente se sintió acariciado por un débil calor en la nuca y las manos. Levantó los ojos de la tela y se quedó asombrado al ver aparecer dos ventanucos enmarcados por un estuco rosa en la pared de enfrente, dibujados en la niebla, como las chimeneas que apuntaban sobre los tejados, en medio de una claridad blanquecina entreverada de luz.

El espectáculo mudaba rápidamente, y él no tenía más lienzos. Por suerte llevaba consigo la caja de acuarelas y papel de dibujo. Cogió un poco de agua del canal y se sentó en un bordillo con la cartulina en las rodillas.

Deprisa, con el corazón revolucionado, extendió sobre el papel los colores pálidos y luminosos de ese momento único e irrepetible en el que el sol atraviesa la niebla y, sin disolverla, produce en ella luces, colores y algunas débiles transparencias. A su espalda, el sol había alcanzado también la callejuela que él recordaba como una herida negra entre los edificios.

Ya no estaba aquella cicatriz de oscuridad, y de la negrura había surgido, pegado a los edificios, un elegante parteluz en una pared rosada.

Ahora el sol le calentaba con fuerza las manos y la nuca, sentía la potencia de su intenso calor, deshaciendo la bruma y la gélida humedad de la mañana. Ahí estaba, disolviendo la niebla y sus tenues misterios, la magia de las transparencias, la realidad hecha trampantojo. Era ya de día, un día de sol.

Acabó la acuarela con uno de esos trampantojos que la luz ya había resuelto. Cerró la caja de pinturas, plegó el caballete, recogió sus cosas y se dio cuenta de que tenía hambre.

Había visto un *bacaro*, una vieja fonda veneciana, mientras volvía a su lugar de trabajo y por instinto se le había grabado en la memoria su recóndita ubicación. Dio con él enseguida, de hecho, guiado en buena medida por un intenso aroma de albóndigas y fritura. Empujó la puerta de cristal, entró, soltó en un rincón cerca de la entrada todos sus avíos y se acercó al mostrador. Señaló con el dedo las albóndigas, la berenjena frita, las croquetas de patata humeantes y las rodajas de cebolla rebozadas. Tuvo un momento de indecisión al elegir el vino: la hora matutina pedía un vino blanco y fresco, pero en los huesos, el recuerdo del frío que había pasado lo indujo a pedir un raboso,^[2] que le sirvieron en el mostrador con el vaso bocabajo sobre el gollete de la botella. La cogió junto al plato con sus elecciones gastronómicas, cada una con un palillo, y se sentó a una mesita cerca de la puerta.

Enseguida vio que, entre la penumbra, algunos ojos curiosos lo observaban desde las mesas más apartadas, ojos de ancianos que se recuperaban del cansancio vital al calor del *bacaro* y de

su vino. Sentía sus miradas y su curiosidad murmurar sobre él, interrogarse y responderse en el silencio cálido y lleno de humo.

Pero nadie le dijo nada.

RETORNO

«Tengo que venir a pintar los arrozales —pensó mientras contemplaba desde la ventanilla del tren los campos de cultivo que rodean Verona—, pero no éstos, sino los de Vercellese, donde son más extensos; y en primavera, cuando están inundados, el sol del atardecer tiene esa luz que sólo existe ahí, en los arrozales.» Volvía a casa con un pequeño botín: dos cuadros esbozados y la acuarela. Todos del mismo lugar que, en realidad, ni siquiera era bello.

Pero a él le había gustado. Quién sabe por qué, ese sitio le había parecido idóneo para él, para su vida, un lugar que tal vez fuera feo, desolado, pero que podía llegar a amarse. Como su vida, igual que, más o menos, la vida de todos.

Allí dependía del sol.

«Pero la vida —pensaba— no depende del sol. Depende de otra cosa. ¿De qué?» Se preguntaba por qué en Venecia no había conseguido sentirse nunca, cómo decirlo, a gusto. Quizá porque el sol siempre estaba velado y pasaba continuamente de una oscura penumbra a una claridad nebulosa, como su vida, suspendida entre la tristeza y un confuso deseo de alegría.

En casa terminaría ambos cuadros. Lo haría enseguida. Tenía muchas ganas.

«Empezaré el año nuevo acabando estos dos trabajos», se dijo, porque para él, por una vieja costumbre, el año comenzaba en otoño. Una costumbre que se remontaba al tiempo de la escuela, cuando la larga pausa veraniega marcaba un intervalo entre un ciclo y otro de la vida. Un intervalo de buen tiempo, de prados y árboles a su disposición, de juegos y también de aburrimiento. Después, en octubre, la vida empezaba de nuevo.

A menudo se preguntaba por qué el fin de año no se celebraba en otoño: el uno de octubre o el uno de noviembre. También el ciclo de los campos empieza en otoño.

Cuando al fin estuvo a bordo del tren regional que lo llevaría hasta el pueblo, después de colocar el equipaje, ya sentado, mirando a la gente que aún subía y ocupaba sus asientos, se acordó de que no había llamado a Placido para avisarlo de su vuelta. ¿Cómo iba a hacer ahora, sin coche, para llegar a su casa con todos aquellos trastos? Le sorprendió no haberlo pensado antes, evidentemente algo lo había distraído. En cualquier caso, era un problema.

Estaba pensando en el inconveniente cuando vio una cesta cubierta con una servilleta de cuadrillos avanzar hacia él y coger sitio en el asiento de enfrente.

—¡Oh, Placido!, ¿qué haces tú aquí?

—A ver, ¿acaso crees que los boquerones al limón que tanto te gustan los pesco en el río? He venido a Génova a comprar pescado.

—Precisamente estaba pensando en ti.

—Ya. Porque no sabes cómo volver a casa, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, pues como ves —respondió Placido acomodándose frente a él después de colocar su cesta—, a veces los problemas se solucionan solos: tengo la furgoneta en la estación. Pero, cuéntame de tu viaje.

Así, mientras el tren trepaba por el valle del Bisagno, le fue contando lo que había hecho. Y, para terminar, le enseñó los dos cuadros y la acuarela.

—Nada mal —juzgó Placido, mirando las telas inacabadas—. Éste, Venecia en la niebla, lo podrías dejar así, sin terminar, con las cosas que se ven y las que no se ven.

—Sí —respondió él—, pero necesita algún retoque todavía.

—La acuarela es perfecta —dijo Placido, mirando con sumo interés la pintura—. Perfecta, me encanta.

Él sonrió con cierto embarazo.

—Pues que no te guste demasiado porque ya tiene un destinatario.

—Lo suponía. ¿Quién?

—Es para quien ha estado cuidándome el gato, en señal de agradecimiento.

—¡Ah! —exclamó Placido, mirando aún la acuarela con los ojos entornados—. Para quien ha estado cuidando del gato...

Él no añadió nada más a la conversación y pasó a otro tema. Siempre se sentía un poco inquieto cuando Placido lo miraba de aquella manera.

—¿Ya se ha vendimiado? —dijo Orlando tras un silencio, al ver una viña que, después del paso de los vendimiadores, mostraba los brotes quebrados y amarillentos.

MANES PLACARE[3]

Le pidió a Placido que lo dejase en la carretera, y ahora recorría el sendero hacia la casa con la maleta, el caballete y las telas.

Era la última hora de una tarde otoñal todavía cálida.

Delante de la entrada, soltó el equipaje en el suelo y se sentó en el banco de piedra que había entre los abedules. No tenía prisa por entrar, dentro no lo esperaba nadie. Y, aun así, llegado un momento, había sentido la repentina necesidad de acortar su estancia en Venecia y volverse.

—Pues nada, ya estoy aquí.

¿A quién le hablaba? ¿A la casa, que se erguía muda contra el cielo aún claro del crepúsculo? ¿O a ella, a la maestra? Miraba la casa, pero era el rostro de ella lo que veía: no aquel tan serio de su infancia, no aquel de la maestra vestida de negro, sino el otro, el de la fotografía, sonriente, a la espera de la felicidad.

—He vuelto, como tú has querido —dijo entonces llanamente, como si le hablase a una persona viva—. Era justo. Viviré aquí, y si alguien quiere vivir conmigo, porque tú así lo quieras, me alegraré. Tuya es esta casa y tuyos los deseos que aquí se cumplan. Es lo justo.

Miraba la enorme silueta rosa iluminada débilmente por la última claridad del cielo. «Aquí estoy para bien y para mal. Estoy aquí para vivir todo aquello que la vida me ponga delante, tanto lo bueno como lo malo. No me echaré atrás. Quién sabe si la viña devastada de mi existencia volverá a germinar. Y si cae granizo, repararé los daños. Y si alguna vez me atrapa la crecida de las aguas, entretanto algún fruto habrá dado.»

La tarde reforzaba sus sombras y la casa se recortaba, cada vez más oscura, en el cielo gris arañado de rosa. El reclamo imperioso de un nido de polluelos en el tilo era lo único que interrumpía aquel inmenso silencio. Las golondrinas ya se habían marchado.

«Tengo que plantar una vid al pie de la casa, para que trepe por el muro. A alguien le gustará alguna vez recoger sus frutos.»

Se agachó a por el equipaje y se encaminó a la casa.

Cruzando el umbral pensó que, en ese momento, no sabía más que lo que ya sabía cuando lo cruzó por primera vez. Pero algo sí que había comprendido: si la muerte corta un hilo, hay que anudar otro, y la vida misma te sugiere cómo. De misteriosas maneras a las que no hay que negarse. Entró y cerró la puerta.

Una hoz sutil, la luna, reinaba en el cielo, revelada por el inminente anochecer, sobre la torre, sobre la casa silenciosa, que en la quietud de la tarde parecía aún más grande.

También los polluelos del tilo callaban ahora.

NOTAS

[1] En Venecia se llama así a las callejuelas que bordean un río o canal al pie de los edificios.

[2] El raboso o raboso Piave es un vino obtenido del tipo de uva raboso, propia de la zona del Véneto.

[3] Expresión latina: «Apaciguar los fantasmas».